EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 21. Tomo I.—DOMINGO 1.º DE SETIEMBRE 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

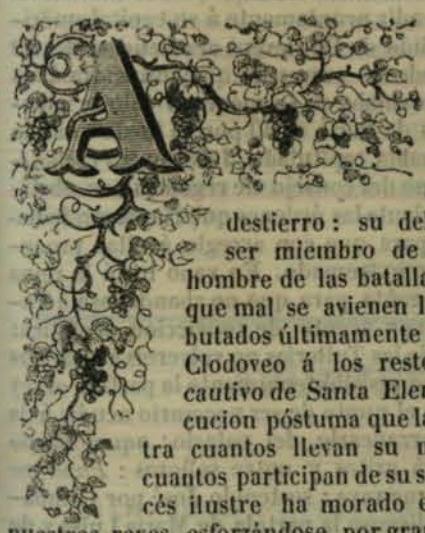
SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía: José Napoleon, por D. A. F. del Rio.—**Influencia de los árabes en las artes y literatura españolas**, por D. José Amador de los Rios.—**El astrólogo y la Judía**, por D. Eduardo Gonzalez Pedroso.—**Coronacion de los reyes en Aragon**, por D. Bonifacio Gomez.—**Los caminos de hierro. El sueño del orgullo**, por D. P. Madrazo.—**Casas de juego**, por D. Juan Perez Calvo.—**Canciones de Beranger**, por D. Antonio Ferrer del Rio.—**Revista de la Quincena**, por D. Juan Perez Calvo.

BIOGRAFÍA.

JOSÉ BONAPARTE.



ACABA de fallecer un francés ilustre en el recinto de la poética Florencia: contaba 76 años de edad y 29 de destierro: su delito consistia en ser miembro de la familia del hombre de las batallas. Y en verdad que mal se avienen los honores tributados últimamente por la nacion de Clodoveo á los restos mortales del cautivo de Santa Elena con la persecucion póstuma que la ley ejerce contra cuantos llevan su nombre, contra cuantos participan de su sangre. Ese francés ilustre ha morado en el alcázar de nuestros reyes, esforzándose por granjearse el cariño de los españoles, quienes sordos á sus halagos, lidiaban con patriótico afan por rescatar al monarca prisionero, y asestaban hasta las formidables armas del ridículo contra el monarca intruso: de *tuerto* le motejaban nuestros padres, y ninguna lesion se advertia en sus ojos: bautizáronle con el apodo de *Pepe Botellas*, y consta que no bebia vino; y es que le miraban como aborto de la usurpacion, como engendro de la perfidia con que se habia burlado la buena fé, la proverbial hidalguia castellana. Distantes hoy de aquella época, mas que por los años, por las revoluciones y trastornos que sin intermision se han sucedido en nuestro territorio, es menos aventurado valuar en su justo precio las cualidades del rey sobre el sepulcro del hombre.

José Bonaparte nació en Córte, poblacion de la isla de Córcega, el dia 7 de enero de 1768. Hizo sus estudios en el colegio de Autun en Borgoña, brillando por su constante aplicacion y por su claro talento entre todos sus camaradas. Obediente á la última voluntad del autor de sus dias, hubo de renunciar á la carrera de las armas, blanco de sus juveniles ensueños, por lo que regresó á Córcega en 1785, dedicándose exclusivamente á empresas mercantiles para sostener á su numerosa familia. Su carácter simpático y

sus sanas costumbres le valieron ser nombrado por sus compatriotas individuo de la administracion del departamento, donde Paoli era presidente. Cuando en 1794 se apoderaron los ingleses de la isla de Córcega, volvió José al continente y contrajo matrimonio con una hija de M. Clary, opulento capitalista de Marsella. Dirigíase todo su anhelo á lanzar á los ingleses de su patria, mas no pudo verlo cumplido hasta despues de haber ocupado el ejército francés á Italia en 1796. Salicetti, miembro de la Convencion le tuvo por secretario en sus comisiones diplomáticas: fué mas tarde comisario de guerra en el ejército de Italia, del que era su hermano general en jefe, y por entonces fué elegido diputado del consejo de los Quinientos: hasta despues de los sucesos del diez y ocho de fructidor no logró ser admitido. Su hermano le envió al Piamonte para que entablase negociaciones de paz con el rey de Cerdeña. Al poco tiempo residia en Roma como ministro plenipotenciario y luego como embajador extraordinario: su especial mision se reducia á inclinar el ánimo de Pio VI á que restableciera el sosiego entre los habitantes de la Vendée, empleando todos los recursos de autoridad y de persuasion que como cabeza de la iglesia católica le consentia la índole de aquellos pueblos. Mal éxito tuvieron sus negociaciones, merced al influjo del partido austriaco y á las imprudencias de varios patriotas presos que le debieron su libertad, y de los cuales fueron fusilados algunos por las tropas pontificias en el mismo patio del palacio de Francia: no habiéndosele dado las satisfacciones exigidas con este motivo, pidió sus pasaportes, regresó á París, y su conducta fué aprobada por el gobierno. Rehusó la embajada de Prusia, y se hizo notable en el Consejo de que era individuo por su moderacion y cordura, distinguiéndose por su enérgica elocuencia al defender á su hermano, que se hallaba entonces en Egipto, contra los ataques del Directorio. Como secretario del consejo de los Quinientos se valió de su prestigio para preparar los sucesos del 18 brumario que habian de encumbrar á Napoleon hasta las nubes, derruyendo la estátua de la libertad para construir sobre sus escombros el magnífico templo de la gloria. Establecido el gobierno consular, fué uno de los encargados de poner término á las disensiones que mediaban entre Francia y los Estados-Unidos: tambien figuró como uno de los que negociáran el tratado de paz que se firmó en 30 de setiembre de 1800, y de los que concluyeran el que se ajustó entre Francia y Austria en 9 de febrero de 1801, firmando asimismo el de Amiens en 25 de marzo del año siguiente. Fué nombrado en 1803 senador y miembro del gran consejo de la legion de honor: por él quedó preparado y concluido el concordato con la córte de Roma. Invitado en 1804 por Napoleon para que aceptase algun mando en el ejército de Boloña, estuvo á la cabeza del cuarto regimiento de línea. Por acuerdo del senado y del pueblo, José y sus hijos habian de ascender al trono imperial si Napoleon moria sin sucesor inmediato, por lo cual no quiso admitir la corona de Lom-

bradía. Estuvo en París al frente de los negocios públicos durante la campaña, cuyo término señaló el sol de Austerlitz con sus espléndidos rayos. Pocos meses despues, el 8 de febrero de 1806, invadia el reino de Nápoles á la cabeza de cuarenta mil combatientes; tomaba á Cápua, y entraba en la capital á los siete dias. Habiendo formado un gobierno provisional marchó con tropas escogidas á fin de reconocer el estado del reino, y en esta expedicion aceptó la oferta que le hizo su hermano de la corona de Nápoles. Su primera medida fué nombrar un consejo de Estado compuesto de las personas indicadas por la opinion pública, sin distincion de categorías, dividiéndola en varias comisiones encargadas de proponer mejoras. Antes de poder consagrarse de lleno á plantear una administracion ilustrada y equitativa, se vió en la necesidad de someter por la fuerza de las armas á Gaeta y de rechazar al ejército inglés, que habia interesado en su defensa la rama destronada.

Todos los actos de José Bonaparte, como monarca de Nápoles, revelan á un hombre de talento, á un escelente administrador, honrado á todas luces y afable en demasía. Apenas hubo destruido el feudalismo decretaba la supresion de las órdenes monástidas, no arrojando á los religiosos del claustro á la calle, desposeyéndolos de todo para reducirles á la miseria, á la dura extremidad de mendigar una limosna; sino ordenando que los intendentes de las provincias empleáran á los esclaustrados que tuvieran aptitud para dedicarse á la instruccion pública; dando curatos á los que parecian mas hábiles para su desempeño, confiando la custodia de las bibliotecas de los conventos á los entendidos en literatura, encomendando á la solicitud de otros los establecimientos de Cinguemiglia y Montetense para proveer á la seguridad de los que transitan por la Calabria y los Abruzos, casi siempre coronados de nieve; y por último reuniendo á los ancianos y achacosos en grandes establecimientos, donde vivian en comunidad sin vestir el hábito de sus respectivas órdenes. Ademas los bienes que habian sido de su pertenencia formaron la base del crédito público. Henchidas las cárceles de presos que envejecian en los calabozos, se desocuparon en virtud de las sentencias pronunciadas con toda perentoriedad por cuatro tribunales instituidos al efecto. Se vió en breve cruzado de caminos todo el reino en diversas direcciones, no siendo el de menos importancia uno que conducia á Sorrento, patria del Tasso, donde mandó José que se reuniera una coleccion de todas las ediciones de la *Jerusalem libertada*, señalando una pension al descendiente mas inmediato del célebre poeta para que las custodiase. Fueron trasladadas las aduanas á la frontera. Llegó á formarse un ejército de 20,000 napolitanos con arreglo á la administracion militar de las tropas francesas. Fundáronse un colegio y una casa de educacion para señoritas, con mas una casa central en Aversa para las hijas de oficiales y empleados civiles. A beneficio de una contribucion territorial bien repartida, pudieron ser suprimidas las demas contribuciones. Presidia José en persona el consejo de Estado; mas nunca planteó medida alguna sin que fuese aprobada por mayoría de votos. Durante su fugitivo reinado alcanzó á duplicar el valor de las rentas públicas y á disminuir en la mitad el importe de la deuda.

Habia dos años que gustaba de las delicias del trono de Nápoles cuando le brindára la fortuna otra corona de mas brillo, la corona de Felipe II y Cárlos III. Ocioso es que nos detengamos en detallar sucesos de todo el mundo conocidos, y asi nos limitarémos solo á apuntarlos. Corria el año de 1808. Con la ostentacion, fausto y poderío de un privado habia decrecido considerablemente la autoridad de Cárlos IV, que en otros tiempos ó dotado de alguna energía hubiera sido sin disputa el mejor de los reyes. Para destruir la prepotencia de Godoy habian elegido sus numerosos adversarios por baluarte al príncipe de Asturias: esta circunstancia hizo que estallase la discordia en el seno de la real familia. Entretanto Napoleon habia metido sus huestes por el Pirineo. Cárlos IV sin consejo acudia á Bayona á pedir contra su hijo al emperador de los franceses. Incauto Fernando se dirigia al mismo punto para recibirle en persona. Allí renunciaba la corona en favor de su padre: este se la cedia al capitan del siglo. De este modo traficaban por decirlo asi con la corona de un gran pueblo, monarcas que preconizaban el derecho divino como orígen, base y fundamento de sus reales prerogativas. Detrás de ese espectáculo de ignominia se alzaban millones de españoles por su independencia. Dueño al parecer Napoleon del cetro de San Fernando, llamó á José para que lo sostuviera en sus manos ya habituadas á tamaño peso. No sin repugnancia trocó el agraciado un pais que ya vivia en sosiego por otro donde sonaba formidable el grito de guerra. Decidióse al fin al cambio de trono con la expresa condicion de que se respetarian en Nápoles las instituciones por su prudencia y tino planteadas; y eran semejantes á las contenidas en la Constitucion que debia regir en España.

Pocos dias habian transcurrido desde que José Bonaparte se instalára en su nueva corte, cuando tuvo que abandonarla á consecuencia de la memorable jornada de Bailen, retirándose hácia Burgos y viéndose en el centro del ejército de Bessieres al cumplirse tres semanas de la batalla de Rioseco. Necesarias fueron la venida de Napoleon á la Península, las acciones de Burgos, Tudela y Somosierra y la honrosa capitulacion del 4 de diciembre para que José volviera á entrar en Madrid el 22 de enero de 1809. En esta ocasion no perdonó medio de conciliarse la voluntad de los españoles: prometia de buena fé asegurar la independencia de la monarquía, la integridad del territorio, el mantenimiento de la religion y la libertad de los ciudadanos: aseguraba con razon que la corona no se envileceria en sus sienes: anunciaba reunion de Cortes: insistia en que apenas se verificase la pacificacion, evacuarian el territorio español las tropas francesas: solia decir: «si amo á Francia como á mi familia, me sacrifico á España como á mi religion.» Todo en vano: tan halagüeña perspectiva combinada con los triunfos que por entonces obtenian los franceses, no pudieron alterar en lo mas mínimo la firme resolucion de los hijos de España. Fácil le fué nombrar ministerio y crear un consejo de Estado y aun organizar cinco regimientos; mas la clase de tropa abandonó sus banderas cobijándose á la sombra de las que tremolaban con denuedo los héroes de la independencia. Infatigable José en su deseo de hacerse querido reconocia la deuda preparando medios de amortizarla: trabajaba para la secularizacion de los regulares, examinando con madurez y detenimiento lo que era preciso para la terminacion del canal de Guadarrama.

Imaginando que todos los esfuerzos de españoles é ingleses tendian á caer sobre la capital del reino, emprendió José varias operaciones militares: despues de la batalla de Talavera ocurrida á fines de julio de 1809, tomó posicion en Valdemoro pasando en seguida á Toledo; y batido Venegas en Almonacid cubriéndose de gloria en la retirada, vino el rey intruso por tercera vez á su córte. Nuevamente y con mas empeño se lanzó por la via de las reformas con la supresion de las órdenes religiosas y militares, la abolicion del derecho de asilo de las iglesias, la disolucion de los consejos de Ordenes, Hacienda, Marina y Guerra, traspasando la mayor parte de sus atribuciones al consejo de Estado, la traslacion de las aduanas á la frontera, la modificacion del sistema municipal y la preparacion de leyes sobre instruccion pública sin olvidar la hipoteca de la deuda. En tanto parecia sonreirle la fortuna: perdiamos tristemente la batalla de Ocaña, vencia Kellerman en Alba de Tormes, penetraba al fin Auguereau en el desolado recinto de la inmortal Gerona. Cuando supo que la junta central convocaba córtes para el mes de marzo, salió de Madrid el 8 de enero de 1810 atravesando Despeñaperros á la cabeza de 60,000 combatientes: abriéronle sus puertas Córdoba, Jaen, Sevilla y Granada: su intento era reunir en la última ciudad córtes generales, sin que adelantase mucho en esta empresa, pues toda su sinceridad, toda su dulzura, toda su moderacion no conseguian ablandar á los españoles, ni todo el ímpetu de sus ejércitos formidables por su número y por la fama de sus conquistas bastaban á someterles por la fuerza de las armas.

Ocasion tuvo por entonces de mostrar prácticamente cuánto anhelaba ser querido de la nacion, á cuya prosperidad pensaba consagrar su existencia. Cansado el emperador de emperadores de los enormes gastos que le ocasionaba la guerra de España, quiso que á costa del pais se sustentára, y con este finmandó que se estableciera gobiernos militares en todas las provincias de la Península. Para reclamar contra esta medida envió José cerca de Napoleon á dos de sus ministros, hallándose ya en Madrid, por conocer la imposibilidad de hacerse dueño de Cádiz, donde ya las córtes habian comenzado sus memorables tareas legislativas. Como no alcanzase contestacion satisfactoria, se dirigió en persona á la capital de Francia; fascinado por el superior talento de su hermano se decidió por último á servir á los intereses de su política con la esperanza de salir pronto de tantas vacilaciones y de tan rudos vaivenes. Antes de su partida habia expedido decretos relativos á la division territorial, á la administracion civil y á la formacion de la guardia nacional, los cuales no surtieron mejor efecto en abono de su causa que las medidas anteriores. Al partir su hermano á la campaña de Rusia en 1812, le dió el mando en jefe de sus ejércitos. Supo en Peñaranda como habia perdido Marmont la célebre batalla de los Arapiles: cayó sobre Segovia con ánimo de incorporársele, vino otra vez á Madrid, y pensó en reconcentrar todas sus fuerzas. Alentaban mas y mas el denuedo de los españoles, ya unidos en ejércitos, ya diseminados en guerrillas, las desgracias sufridas en Rusia por el emperador de los franceses. José recibió órden terminante de abandonar á Madrid, y de tomar la línea del Duero. Al poco tiempo perdió la famosa batalla de Vitoria, y con ella hasta la mas remota esperanza de sostenerse por mas tiempo en un país, donde nunca fué dueño de mas tierra que la ocupada por sus tropas. A su regreso á París le dejó Napoleon como su lugar-teniente, recibiendo los honores del mando militar á consecuencia de esta investidura, con órden verbal, y por escrito para el caso en que los sucesos de la guerra llegasen á interceptar las comunicaciones entre el cuartel general de Napoleon y la capital del imperio. Segun la indicada órden José debia trasladarse con el rey de Roma y con la emperatriz á Loira, siguiéndole los grandes dignatarios, ministros é individuos del senado y del cuerpo legislativo, si lo exigian las circunstancias; esto es, si llegaba á encontrarse en el último apuro. Aun hoy mismo se atribuye á la debilidad é irresolucion de José la entrada de los aliados en París, y esto nos obliga á narrar brevemente aquel suceso.

Mermadas por distintos reveses las fuerzas de Marmont y de Mortier, se replegaron sobre París á fines de marzo de 1814, mientras Napoleon, acosado por todas partes, todavía hacia sentir á sus numerosos enemigos la inmensa preponderancia de su genio. Apenas supo la mala fortuna de sus mariscales no titubeó en acudir prontamente á su capital querida. Habiendo salido de Doulevent al amanecer del 29 despachó á un edecan suyo para que anunciára á los parisienses como volaba en su socorro: sólo se hallaba á cinco leguas de París el 30 por la tarde cuando supo que París habia capitulado. José contra el dictámen casi unánime del consejo de regencia, se obstinó en poner en planta las órdenes que Napoleon le habia trasmitido para que con arreglo á ellas procediera en un caso extremado. En vano instó la reina Hortensia á la regenta para que no abandonase á París, diciéndola con acento de conviccion profética: «Si os marchais de las Tullerías no volvereis á pisar sus salones:» en vano resistió tenazmente la partida el rey de Roma, hasta el punto de ser necesario acudir á la violencia para arrancarle del palacio: aquel tierno príncipe decia á gritos y entre sollozos: *Papá me ha dicho* que no me vaya: sostenido José por Cambaceres y Clarke dispuso la partida de María Luisa y de su hijo, acompañándoles en persona aun cuando habia prometido á la guardia nacional quedarse en París para oponer resistencia á los enemigos. De este sencillo relato aparece que José no anduvo muy esforzado de ánimo, ni muy sereno de espíritu en ocasion tan crítica, sin que por otra parte creamos que hubiera mejorado mucho la situacion del emperador de los franceses aun cuando su hermano se mostrase mas firme y resuelto.

Despues de la abdicacion de Fontainebleau se retiró José á Suiza, permaneciendo allí hasta la llegada de su hermano á Grenoble. Ocurrido el desastre de Waterloo se trasladó á los Estados Unidos, donde se le permitió adquirir propiedades sin renunciar á sus derechos de ciudadano francés, y donde ha vivido muchos años siendo modelo de resignacion, como lo

ha sido siempre de honradez y de virtud en su vida privada. Vuelto no ha mucho á Europa ha exhalado el último aliento á las puertas de Francia y entre los brazos de sus hermanos Gerónimo y Luciano el dia 28 del último julio. Su cadáver ha estado expuesto al público una semana: vestia un sencillo traje negro sin ostentar mas condecoraciones que el cordon de la legion de honor y el Toison de oro.

Hoy es opinion generalmente recibida que España no hubiera atravesado por tan prolijos desastres como señalan el curso de sus tristes años, á haber sido regida por un monarca de tan insignes prendas, como las que distinguian á José Bonaparte: no hubiéramos sido víctimas de la violencia revolucionaria, ni del encono reaccionario; se hubieran planteado pacíficamente útiles é importantes mejoras: no estuviera en proyecto la canalizacion de nuestros rios, acortáran los caminos de hierro las distancias de nuestras ciudades: abundarian nuestros preciosos frutos en todos los mercados: poseeríamos un buen sistema administrativo, principal base de prosperidad en las naciones: ocuparia en fin España el lugar que la corresponde por su posicion topográfica y que merece por sus virtudes, por sus infortunios y sacrificios. No obstante, José ejercia una potestad usurpada con malas artes, y los españoles al combatirla, al pelear por su independencia y por la libertad de su legítimo monarca cumplieron con el mas sagrado de los deberes, dieron cima á la mas ínclita de las hazañas, á la mas noble de las empresas. Si el monarca español, cautivo en Valencey, se postraba de hinojos ante el emperador de los franceses para pedirle una princesa de su familia y le encumbraba hasta las nubes con mas fervor de lo que permitia el decoro de un soberano, mientras su pueblo lidiaba impávido en los campos de Bailen y en las montañas del Bruch, ó moria con gloria dentro de Gerona y Zaragoza combatido por las bombas enemigas y por los horrores de formidable epidemia: si en vez de ejercer una mision conciliadora harto fácil á su autoridad y prestigio, cual lo prometiera solemnemente en el decreto de 4 de mayo, descendió hasta el punto de convertirse en jefe de partido, enconando cada vez mas los ánimos y atizando el fuego de las pasiones: si despues de haber sido el monarca mas deseado de que hacen mencion los cronistas, supo enajenarse el cariño de todos sus súbditos hasta el extremo de morir sin que ojos le lloráran; fatales incidentes son esos que deben agregarse al inmenso catálogo de nuestras desventuras. Cuando transcurran mas años y aprecie la historia los sacrificios de España mientras tuvo por lema en sus pendones Fernando é independencia, la admirará por su heroismo: cuando vea por documentos auténticos que el corazon del monarca querido palpitó de ingratitud, la compadecerá por su infortunio. Despues de ese heroismo y ese infortunio, el mágico cristal de la esperanza nos permite entrever las delicias de la ventura. Esperemos.

A. F. del Rio.

APUNTES

SOBRE LA INFLUENCIA DE LOS ÁRABES

EN LAS ARTES Y LITERATURA ESPAÑOLAS.

Célebres filósofos, historiadores notables y eruditos literatos han formado un juicio poco exacto sobre el estado de cultura de los árabes cuando conquistaron la península ibérica, y les han dado el nombre de bárbaros, llevados sin duda de las preocupaciones vulgares que por tanto tiempo han dominado entre nosotros, respecto á cuanto tenia relacion con los sectarios del islamismo. La religion de los castellanos, y el odio que estos profesaban á los musulmanes, contribuyeron en gran manera á que se les tuviese en un concepto tan equivocado y á que se les negase absolutamente el haber tenido influencia en los adelantamientos de la civilizacion española. Pero al calor de los odios inveterados de ambos pueblos ha sucedido la templanza y frialdad de la crítica; y puede decirse en nuestros dias que si no se ha logrado aun quilatar cumplidamente la influencia mencionada se ha reconocido que no solamente España, mas la Europa entera le es deudora de la conservacion de las artes y de las ciencias.

Esto supuesto, tratarémos de investigar en la forma que pudo el pueblo castellano participar de los conocimientos de los árabes: para alcanzarlo echaremos una rápida ojeada sobre la historia desde la caida del imperio de Occidente hasta la desastrosa batalla de Guadalete: investigarémos cuáles fueron las causas que contribuyeron á derrocar el imperio de los godos españoles, y veremos cuál era el estado de las letras entre ellos. De este modo podremos hacer una comparacion exacta entre la civilizacion de los árabes al conquistar la península ibérica y la de los súbditos de D. Rodrigo; obteniendo por resultado la diferencia que entre una y otra existia, y abriendo al mismo tiempo el camino por donde hemos de marchar en este artículo.

Sabido es de todo el mundo que á la invasion de los bárbaros del norte siguió la destruccion de todo lo mas grande y magnífico del imperio romano, y que las ciencias y las artes perecieron tambien en el comun naufragio, sin que en toda Europa quedase ni un solo vestigio de ellas. Ciudades enteras desaparecieron delante de tan feroces conquistadores, que como ha dicho un sabio de nuestros dias (1), solo cadenas han traido de sus sombríos bosques. El mundo antiguo cayó bajo el yugo de la ignorancia, y víctima de sus aberraciones y de sus crímenes perdió la luz de las ciencias, que huyeron despavoridas de las tinieblas que por todas partes levantaba el humo de los incendios y de los lagos de sangre.

Mas en medio de una borrasca tan desastrosa brilló la antorcha de la religion: doblaron ante ella la rodilla los destructores de la sociedad europea, y poco á poco fueron adoptando las creencias y las costumbres de los pueblos vencidos, si bien conservando siempre aquella ferocidad primitiva y aquel carácter belicoso, que les habia hecho dominar la mitad del mundo. Tal aconteció á los godos, suevos, alanos y silingos, que fueron dueños de toda España por el espacio de tres siglos, época en que se sucedieron treinta y tres reyes, llenos casi todos de aquella sed de sangre que habia distinguido á sus abuelos. Obró no obstante grandes milagros la religion; y al celo de los santos padres que se reunieron en concilios para dar leyes á la zozobrante iglesia, debieron tambien las ciencias el no ser borradas para siempre de la memoria de los hombres.

El régimen, empero, que seguian los godos en su gobierno y el derecho que tenian de elegir sus soberanos, lejos de segundar los esfuerzos de aquellos varones, fueron la manzana de la discordia que los envolvia en continuas guerras civiles y que llegó á consumar su destruccion, como lo habia verificado con el imperio del mundo. Negras traiciones, horrendos regicidios, sangrientos é implacables bandos que se disputaron el poder hasta la muerte, el asesinato del hijo por el padre... hé aquí los espantosos cuadros que ofrece la historia de este grande pueblo, si bien los nombres de los Wambas y los Recaredos serán eternos en la memoria de las generaciones.

Así se expresa nuestro severo Mariana en su libro VI, capítulo 19 de su *Historia general*, hablando de la corrupcion de los godos: «Los grandes pecados y desórdenes de España la llevaban de caida, y á grandes jornadas la encaminaban al despeñadero.» Y tal vez se vé por la relajada conducta de los últimos reyes, especialmente por la del torpe Witiza, que no contento con haber pervertido todas las clases de la sociedad (2), ni con haberse ensangrentado bárbaramente en la venerable familia de Chindasvinto, llevó su loco frenesí y su imbecilidad hasta el punto de mandar que fuesen desmanteladas las ciudades del reino (3) y quemadas las armas que servian para defenderlo, por el cobarde recelo de que le destronáran sus vasallos.

Pero no se remedió con su muerte el deplorable estado de la sociedad de los godos: antes bien fué cada dia empeorándose con los desórdenes que cometió don Rodrigo despues de subir al trono; con la persecucion que hizo en los hijos de Witiza, y finalmente con los torpes amores de la hija del conde don Julian, si bien algunos autores niegan absolutamente este hecho. La sociedad de los godos no tenia bastantes virtudes para oponerlas al torrente de vicios á que se habia entregado, y así fué precisa é inevitable su ruina. La batalla de Guadalete, la traicion de don Oppas y de don Julian ejecutaron la sentencia que ya se habia pronunciado contra la España del siglo VIII.

Brilló, pues, la luz de las ciencias en medio de las catástrofes que afligieron al pueblo godo, como brilla un faro en medio de una horrenda borrasca. Su esplendor fué pasajero y apenas dejó huellas.

Acabamos de ver cuáles fueron las causas que impidieron á los godos el entregarse al estudio de las ciencias y al cultivo de las artes; y hemos examinado igualmente, aunque con la mayor brevedad, las que contribuyeron á su total ruina. Réstanos, pues, investigar cuál era el estado de los árabes cuando conquistaron la Península ibérica; y para esto necesitamos buscarlos en el centro de la Arabia, seguirlos en sus conquistas hasta la batalla de Guadalete y finalmente considerar sus adelantos científicos y artísticos, teniendo presente el origen y el carácter especial de estos.

Dotados los árabes de un ingenio ardiente y de un talento extraordinario, cultivaron desde un principio la astronomía y otras ciencias, y se valieron para inculcar el amor del estudio en los volubles ánimos de los que principiaban á iniciarse en sus misterios, de versos toscos y difíciles. Las máximas religiosas y las sentencias morales se enseñaban tambien en estos versos, que eran el único instrumento de civilizacion que entre ellos se conocia, como afirman algunos historiadores; pero los adelantamientos que hacian, eran sin embargo lentos y de poco valer, si bien las ciencias que cultivaban participaron desde luego del carácter peculiar de estos pueblos.

Subió á principios del siglo VII el astuto Mahoma á ocupar en aquellas regiones las sillas de ambos imperios: prohibió por medio del Coran todos los estudios que no fuesen encaminados al esterminio de la religion católica, y lanzó un terrible y eterno anatema contra las bellas artes, especialmente la pintura y la escultura, las cuales fueron expresamente prohibidas.

Su único deseo consistió en extender su religion por su espada y dió en 630 principio á las grandes conquistas, que hicieron despues dueños de casi todo el mundo á sus fanáticos y valerosos sectarios. Sucedióle poco tiempo despues Abubekir y mas adelante Omar, el mas feroz y el mas feliz de los conquistadores modernos. Apoderóse en el corto espacio de diez años y medio de toda la Siria, la Fenicia, el Egipto, la Mesopotamia, la Persia y parte del Archipiélago, haciendo quemar la celebérrima biblioteca de Tholomeo, que existia en la ciudad de Alejandro, privando así á las ciencias de uno de los mas famosos monumentos de la antigüedad. «Si todos estos libros (dijo á vista de tan numerosa biblioteca) contienen alguna cosa mas que nuestra profesion de fé, son falsos; si contienen lo mismo, son inútiles.» ¡Tal era la ferocidad de su carácter y el odio que profesaba á la religion cristiana y á los conocimientos científicos!

No fueron los califas, que despues de él se asentaron en la silla de Mahoma, menos enemigos del saber humano; hasta que Alí, el IV califa de aquella familia, les prestó algun amparo en sus dominios pudiéndose contar desde esta época la era de la verdadera ilustracion de los árabes.

Desde este tiempo, pues, fueron apreciados generalmente todos los ramos del saber entre los partidarios del islamismo y Abu Jaafar, Aroun Al Raschid y Almanon llevaron las ciencias al mas alto grado de esplendor, haciendo traducir todos los volúmenes griegos, persianos y siriacos que hubieron á las manos en sus conquistas, estableciendo escuelas para la enseñanza y academias para los sábios; y haciendo, en fin, de su córte, segun el dicho del abate Andrés, mas bien una academia de ciencias que el palacio de un califa guerrero.

Volvieron al mundo, entumecido por la ignorancia, el brillo y la lozanía de la rica imaginacion del

(1) Chateaubriand.

(2) Ordenó por una ley que todos los eclesiásticos y personas consagradas á Dios se casasen. (Mariana, lib. 6, capítulo 12.—Concilio Toledano XVIII.)

(3) Solamente Leon, Toledo y Astorga fueron las que se libraron de ese feroz decreto (ib.)

Oriente y respiraron en la literatura los perfumes encantados de la Arabia, viéndose renacer de las ruinas griegas la poesía de los primeros pueblos, cuyas obras admiramos ahora en las traducciones que de ellas se han hecho recientemente á los idiomas modernos.

Las matemáticas, la filosofía, la física, la medicina, la astronomía, la jurisprudencia, la oratoria, la poesía, y finalmente cuantas ciencias eran entonces conocidas, recibieron nueva vida en la córte del Augusto de los árabes, cuyo glorioso nombre atribuye no sin razon el abate Andrés al grande Almanon. A este califa fué debido el gran pensamiento de medir la tierra, mandando que sus matemáticos lo pusiesen por obra, y haciendo los mayores esfuerzos para conseguirlo. Obra de su grande amor á las ciencias fueron las famosas bibliotecas de Fez y de Larache, y á su imitacion se establecieron mas adelante otras muchas en toda el Ásia y el África, luego que esta region sucumbió al poder de la media luna.

Llegaron, pues, á establecer su dominio á las mismas puertas de España: la Mauritania Tingitina fué el único valladar que se les opuso en África y lo respetaron, como provincia de un grande imperio, hasta que la traicion de los hijos de Witiza, tomando por escudo la ofensa hecha al conde don Julian, les abrió, en union con este mal patricio, las puertas del Mediterráneo, y volaron á castigar los desórdenes que tanto tiempo hacia se estaban cometiendo impunemente.

Acabamos de ver rápidamente cuál era el estado de civilizacion en que se encontraban los árabes al emprender la conquista de España, estado ventajosísimo sobre todas las naciones en aquella época, y que por tanto les daba la preeminencia sobre todas. No eran, como han pretendido algunos historiadores, una nacion de bárbaros, tomando esta palabra en la acepcion que se le ha dado modernamente; eran, sí, unos conquistadores, que se aprovecharon de las discordias ajenas para ensanchar su dominacion. En esto manifestaron que su política era perspicaz, aunque ambiciosa, como la de todos los pueblos que deben su engrandecimiento á la suerte de las armas.

Es verdad que las costumbres, las leyes y los ritos religiosos de los árabes eran de todo punto contrarios á los de los pueblos vencidos, y que esto debia engendrar ódios implacables en los últimos, al ver hollados sus hábitos y despreciadas sus creencias; pero tambien lo es el que los árabes, pasado el primer furor de la conquista, no prohibieron en España la religion cristiana, y antes permitieron su culto, protegiéndola públicamente en las ciudades que dominaban, como se prueba con multitud de autoridades (1). Esto manifiesta que no eran intolerantes, y el no serlo, si otros datos no hubiera para demostrarlo, que habian llegado á un alto grado de civilizacion. No eran por tanto una *canalla*, como dice el P. Juan de Mariana, llevado de un celo laudable hasta cierto punto, si bien no menos parcial é injusto al mismo tiempo.

Tenemos ya el estado de cada una de las naciones que nos habíamos propuesto considerar brevemente, á saber: la goda y la árabe: de la simple narracion que hemos hecho puede deducirse la influencia que tuvo la última, brillante, sábia y poderosa en las artes y ciencias de la primera, ignorante, corrompida é inerme. Veamos, pues, de hacerlo.

Despues que puso la desastrosa batalla de Jerez en manos de los árabes toda la España, á excepcion de una pequeña parte de Cantabria, á cuyas montañas se refugió don Pelayo, seguido de algunos valientes, resueltos á morir por su santa ley; quedaron aquellos por dueños absolutos de la Península, é hicieron venir del África gran multitud de gente para que la poblasen, y para quitar á los godos toda esperanza de recobrar su antiguo lustre y poderío. Perdiéronse, como dejamos apuntado, los hábitos y costumbres de aquel pueblo, que por tanto tiempo habia dominado á España, varió en un todo la forma de gobierno, y sintieron los pueblos el verse subyugados por estranjeros, llorando al recordar sus hazañas y el nombre de sus abuelos, de vergüenza y de despecho.

Cuarenta y tres años reinó entre los árabes, que habian pasado á España, la mas terrible anarquía y el mas feroz deseo de mandar, empañando hasta cierto punto los nombres de Muza y de Abdalasis. Su imperio, fundado apenas en la Península, se vió por sí mismo próximo á desaparecer á impulso de la ambicion, cayendo envueltos los conquistadores entre las ruinas del pueblo conquistado; cuando en el año de 754 pasó á España, llamado por los árabes, que no podian sufrir la tiranía de Aben Juseph, el *sábio*, el *grande* y *poderoso* Abderramen, que en el término de cuatro años restableció enteramente el órden social, cuyos vínculos habian sido rotos por las insensatas y desmedidas pretensiones de los Doranes y los Robas.

Fundó en España el nuevo reino de los árabes, haciéndose independiente de los califas de Bagdá, y abriendo una nueva era á la civilizacion y con ella á las ciencias y á las artes. Estableció escuelas públicas para la enseñanza, y prodigó su proteccion á todos los sábios que halló dentro del reino, y llamó haciéndoles grandes promesas, á los extranjeros: hizo últimamente ver al mundo que no era indigno de la sangre que corria por sus venas (1). En el año 756 fundó en las inmediaciones de Córdoba un magnífico palacio, al cual dió por nombre Rusafa (2) plantando en sus patios una palma, á que hizo él mismo una cancion, que el erudito orientalista don Antonio Conde traduce de este modo, hallando en ella el tipo de nuestro romance castellano.

Tú tambien, insigne palma—eres aquí forastera
De Algarve las tristes auras—tu pompa halagan y besan, etc.

Lo cual prueba la grande estima en que tuvo el monarca árabe el culto de las musas. La mezquita de Córdoba y el alcázar de la misma ciudad, fueron tambien obra de su entusiasmo por las artes. ¡Tal fué la influencia que el rey Abderramen tuvo en la ilustracion arábiga!

No desmintieron sus hijos este grande amor á las ciencias. «Desde el siglo IX de nuestra era, dice un célebre historiador, refiriéndose á España, empezó á centellar la luz de la literatura sarracena, y por cinco ó seis siglos conservó vivo y brillante su esplendor. Setenta bibliotecas públicas se veian abiertas en varias ciudades de España para el uso del pueblo, cuando el resto de Europa sin libros, ciencias, ni cultura estaba sumergido en la mas vergonzosa ignorancia.»

Y ¿qué influencia debieron tener estas luces sobre el pueblo cristiano, que retirado á un rincon de la Península, sin artes ni ciencias, y en una palabra entregado solo á una guerra sangrienta y esterminadora, no pensaba mas que en forjar armas para combatir á los enemigos de su religion? A primera vista se deja ver que debia de ser muy poca: pero ¿cómo comprenderémos entonces el dicho de Alvaro Cordobés, que ya en el siglo IX se lamenta de que abundasen en el lenguaje gótico-latino, que era el vulgar de aquella época, los modismos árabes, y de que se dedicasen los descendientes de los godos al estudio de la elocuencia y de la literatura arábigas?

Nosotros encontramos una razon filosófica para explicar esta contradiccion tan importante. No eran árabes todos los que habitaban las ciudades sujetas á los Abderramanes: la mayor parte eran cristianos mozárabes, que hablaban el idioma de los godos lo mismo que el de los musulmanes, y tenian continuo tráfico con los cristianos de allende el Guadarrama, cultivando las ciencias y recibiendo la saludable influencia de la civilizacion de los agarenos. De aquí provino que tan luego como fueron apoderándose los sucesores de don Pelayo de las ciudades que conquistaban de los moros, fué aumentándose tambien el número de los cristianos, naciendo en los guerreros de Leon y de Asturias el apego á las ciencias, y despertándose últimamente en sus cabezas ideas de ilustracion.

Es verdad que en esta época y aun mucho despues desdeñaron los caballeros castellanos el estudio, y miraron con sumo desprecio á los que se entregaban á las ciencias; pero en cambio no desaprovechó la iglesia ninguna ocasion de ilustrarse, y, como apunta el arzobispo don Rodrigo en su *Historia de los árabes*, puso á los salmos de la Sagrada Biblia anotaciones escritas en el idioma de los muslimes, y no se recató de celebrar el santo sacrificio de la *Misa* en un breviario mozárabe.

Así pasaron algunos siglos sin que fuese mas directo el influjo de la nacion ilustrada por excelencia en la cultura de los castellanos, hasta que el famoso rey don Alfonso el X, llamado el Sábio, conociendo las grandes ventajas que podian obtenerse del cultivo del idioma de sus civilizados vecinos, depositarios entonces del saber del mundo antiguo, estableció en Sevilla cátedras de elocuencia arábiga, y mandó traducir en 1254 muchos volúmenes de aquel idioma al castellano, que iba formándose poco á poco. Prodigiosos hubieran sido los adelantos de la civilizacion española bajo el dulce reinado de un monarca tan amigo del saber, á no haber turbado la felicidad de sus vasallos la ambicion de su hijo don Sancho, que desconociendo los derechos legítimos de los hermanos Cerdas, se reveló contra su mismo padre, apoderándose con asombro de España de las riendas del Estado.

Era don Alfonso muy dado al estudio de las ciencias humanas y habia logrado adquirir grandes conocimientos en la astronomía, la filosofía, la filológia, la poesía, la jurisprudencia, dejando obras que ha recibido y recibirá la posteridad como un triunfo sobre la época en que floreció. Acúsasele de no haber sido tan hábil político como exigian las circunstancias en que se vió; pero esta acusacion nada tiene de justa. Don Alfonso fué un rey nacido para reinar sobre un pueblo mas adelantado que el suyo: este es todo su delito y el no haber tenido la suficiente energía para reprimir la ambicion de su hijo don Sancho.

Con la muerte, pues, del rey sábio, del rey justo y clemente, perdieron las ciencias su protector y cayeron en desuso de tal manera, que apenas hay noticias de que encontráran cultivadores y apasionados por aquellos tiempos. Todo volvió á ser guerras y trastornos, todo discordias y desmanes, mientras que los árabes iban adquiriendo mayores triunfos en la carrera de las letras. A los disturbios del reinado de Alfonso X siguieron las penosas minoridades de don Fernando IV y don Alfonso XI, combatidas por las parcialidades de los Haros y los Laras, viéndose el trono envuelto en el torbellino de las pasiones, que devoraban el seno de Castilla. Y aunque en aquellos siglos florecieron hombres tan doctos como Raimundo Lulio, cuyas obras son hoy admiracion de toda la Europa civilizada, aunque se echaron los cimientos á sábios sistemas filosóficos, que vuelven ahora á llamar la atencion de los hombres estudiosos, permaneció la sociedad cristiana bien distante de la agarena, en la cual eran la erudicion y la poesía una parte de la educacion de los caballeros.

Habia echado, sin embargo, hondas raices entre los cristianos la cultura de los árabes, con quienes sostenian aquellos un íntimo, aunque hostil comercio, y varios libros que se escribieron de aquella época en adelante tuvieron, como afirma el erudito conde, el mismo estilo y sintáxis que usaban los sarracenos; faltando solamente los sonidos materiales de las palabras para formar un dialecto arábigo. Cita el referido orientalista para probar esta asercion algunas obras escritas á principios del siglo XIV por el infante don Juan Manuel y otros autores prosaistas, y señala como dignas de estudio en este concepto al *Conde de Lucanor* y la *Historia de Ultramar*, añadiendo tambien la *Crónica de Alonso X*, de quien tan distinguida mencion hemos hecho.

Pruébase con esto la grande influencia que los árabes tenian hasta en nuestro idioma y que á pesar de la diversidad de religion y de costumbres ejercian, como mas cultos y civilizados, cierto predominio que está infaliblemente cimentado en una razon natural, que induce á los hombres á respetar á aquellos que mas sabiduría manifiestan.

Este sentimiento noble de los castellanos produjo la imitacion, y despues de la imitacion nació el amor á las artes y á las ciencias, inculcándose estas en la muchedumbre con el trascurso de los tiempos. Difícil

(1) Los cristianos que no quisieron abandonar sus tierras, y reconocieron el dominio sarraceno, se llamaron *mozárabes*, y mantuvieron el culto de su religion intacto. La dominacion de los mulsumanes fué en España casi puramente política. Los cristianos le dieron otro carácter al reconquistarla.

(1) Abderramen era hijo de Iscam y nieto de Almanon, de la familia de los Ommiadas.

(2) Hoy está destruido; este edificio fué convento de los franciscanos hasta los últimos tiempos, en que fueron esclaustrados.

seria en verdad seguir paso á paso la historia de estos adelantos lentos en demasía hasta el renacimiento total de las ciencias en toda Europa, época en que llegó á recogerse el fruto de los esfuerzos científicos de los sarracenos.

Para nuestro propósito basta solamente saber que su influencia iba cada dia siendo mas directa en todos los ramos: el romance castellano, esta hermosa y arrogante flor de la poesía española es hija de su ingenio ardiente y fecundo: las matemáticas, llamadas por algunos sábios la ciencia de la verdad, adquirieron entre ellos el mayor grado de perfeccion: la física, la botánica, la medicina, la filosofía, la historia, y en una palabra, todas las ciencias les deben su conservacion, y entre nosotros su aclimatacion y enseñanza. Los árabes españoles recorrieron, segun la expresion de un autor célebre, todos los campos de la amena literatura, y no encontraron en ellos flor que no trasplantasen á sus jardines.

Pero esta influencia, que tan eficaz, tan poderosa ha sido para las ciencias, no ha presentado las mismas ventajas en todas las artes, principalmente en la escultura y pintura. Ya hemos visto que Mahoma las prohibió por medio de su Coran: nada pues, podian hacer los árabes que no fuese considerado como un crímen, y así fué que no produjeron tampoco nada digno de mencionarse. En la Academia nacional de san Fernando hemos tenido, sin embargo, el gusto de ver algunos cuadros pertenecientes segun se afirma, al último período de su dominacion, y la Alhambra de Granada nos ha presentado otros monumentos, atribuidos á los musulmanes, en uno de los techos de sus magníficas tarbeas. Esto en cuanto á la pintura: respecto á la escultura nada hay que pruebe el haberse dedicado á su culto ni haber hecho adelanto alguno en ella. Solo se conservan en el mismo alcázar de Granada cuatro figuras informes, que sostienen una fuente, á la cual dan vulgarmente el nombre de los *Leones*, tomando el patio, en que se encuentra la misma denominacion. Puede servirles de disculpa el rigoroso precepto del Coran.

La arquitectura en cambio les fué deudora de uno de sus mas preciosos y delicados géneros: las mezquitas del Cairo, Bagdá y Jerusalen nos presentan los modelos de las de Córdoba y Zebra, y de los palacios de Granada y Sevilla, así como tambien de otros monumentos que nos recuerdan la cultura de aquel pueblo, y serán siempre la mejor defensa contra los que llevados de un excesivo fanatismo, lo han pintado como bárbaro.

Y qué habremos de decir de las demas artes, especialmente de la agricultura?... Muchos pliegos pudiéramos llenar si tratáramos ahora de mencionar los adelantos que debe España en este ramo á los sarracenos. Bástenos, pues, afirmar solamente que nunca ha sido la península ibérica tan feraz como cuando eran sus campos cultivados por ellos; y para probar nuestro aserto, recorramos á las deliciosas vegas de Granada, Murcia, Loja y Valencia, y no olvidemos otras poblaciones que deben á la industria de aquellos su prosperidad y bien-andanza.

Mucho habríamos de extendernos si nos ocupáramos de las demas artes mecánicas, en las que tiene influencia la química que tan profundamente poseyeron; pero ademas de no ser este el campo, que desde luego escogimos para demostrar hasta el punto que habia llegado la influencia de los árabes en nuestras ciencias y artes, no poseemos tampoco las mecánicas con la seguridad debida para dar un fallo que pueda ser respetado; por cuya razon nos abstenemos de entrar en este exámen.

Hemos visto por las breves observaciones que llevamos hechas, que la influencia de los árabes ha sido grande y extensiva á las ciencias, pudiendo ser tenidos por conservadores de todos los ramos del saber humano: casi lo mismo ha sucedido con las artes, y en la parte que las han cultivado han sido creadores de un género encantador y delicado, hijo sin duda de su grande ingenio. Sometemos al buen juicio de nuestros lectores las opiniones propias que en este escrito hemos emitido; y terminaremos asegurando que en nuestro entender todos nuestros mejores poetas y literatos han bebido la luz de las ciencias en las inagotables fuentes que aquellos intrépidos hijos de Agar plantaron en nuestra patria. «De las escuelas musulmanas salió la aurora de las ciencias y brilló en la literatura moderna.» ¡Ojalá pudieran recogerse aun entre nosotros los ópimos frutos que encierra la célebre biblioteca del Escorial, tan rica de monumentos arábigos, como poco concurrida de nuestros literatos!...

José Amador de los Rios.

EL ASTRÓLOGO Y LA JUDIA.

LEYENDA DE LA EDAD MEDIA.

Nebulosa y oscura fué la noche de la ignorancia que siguió la caida del vasto imperio de Occidente, dominando por algunos siglos á las naciones europeas que empezáran á alzarse sobre sus ruinas. Siempre obligadas á presentar un aparato de belicosa resistencia contra todo audaz invasor que á la integridad de sus fronteras osase, desgarrado las mas veces su seno por uno y otro intestino disturbio, el sangriento frenesí que á la lid les impulsaba, apenas les permitia otra cosa que atender á las reducidas necesidades de su agreste vida y á circundarse de parapetos y fosos, medios multiplicados de defensa que mas que el arte, el instinto de la propia conservacion les dictaba. Los pocos que en aquellos azarosos tiempos conservaron en Europa y especialmente en España, la suficiente presencia de ánimo, para trocar, al no interrumpido son del clarin, la aguzada lanza por el humilde compás del matemático, el crisol ó el telescopio, debieron la mas sólida parte de su instruccion á aquellos osados y caballerescos descendientes de Omar, cuyas tribus difundiéndose por la península, bien así como un impetuoso torrente, la conmovieron hasta sus cimientos, asentando empero durante el transcurso de algunas centurias, en Sevilla, Córdoba y Granada, el emporio del saber, la civilizacion y la opulencia. No era dable sin embargo que en siglos de supersticion, en siglos en que el interés y la fuerza constituian el único código reconocido, pudiese el hombre estudioso investigar libremente los maravillosos secretos de la naturaleza y de la ciencia, á mas tranquilas épocas reservados: densas tinieblas oscurecieron el horizonte de la verdad al ojo escrutador que la inquiria, y entonces fué cuando, por efecto de la mas deplorable aberracion, vueltas las miradas á la tierra, tomóse el fuego fátuo por resplandor del sol, quisose hallar en el azar lo que el cálculo impotente no revelaba, y de entre aquel caos de palabras sin imágenes, misteriosas fórmulas y cabalísticas figuras, se hizo brotar una multitud de ininteligibles dogmas bautizados con el sonoro nombre de ciencias ocultas; se desatendieron los luminosos rastros del saber de Atica y Roma á vuelta de los mas absurdos devaneos que puede abortar una imaginacion delirante: circunscribióse el dominio de la geometría á los usos quirománticos; llamóse alquimia á la química, y finalmente la noble astronomía fué solo el arte de fundar en las estrellas *la mas segura de las mentiras*. (1).

Ninguna de las reflexiones, caro lector, que acaban de ocuparme, me fueron hechas por el encanecido hijo del mar, que sentado junto al palo de proa de la fragata que me conducia á Puerto Rico, me refirió, ahora há dos años, en una noche de noviembre, á la luz de la luna, la conseja que voy á transmitirte. De ella creerás, como yo, lo que te plazca, condenando lo restante cual frívolo pasatiempo impropio de tu gravedad; sé benigno entre tanto, y déjame esperar, que concluirá mi cuento sin que pases de mi dominio al mas agradable de Morfeo.

Mucho antes que el gran Colon, avanzando con la osadía del genio por la superficie de los mares, hiciese retumbar en la *Española* el primer cañonazo de conquista á cuya magnífica salva se estremeció el universo de admiracion y entusiasmo, y en el tiempo en que mal contentos los árabes invasores con la encantada porcion hespérica que sojuzgar consiguieran, llevaban con mas tenacidad sus correrías á las lejanas provincias del Septentrion, último refugio de los monarcas godos, se alzaba no lejos de la ribera Cántabra, al lado de un arroyo que por un solitario valle entre arenosas márgenes corria, la silenciosa torrecilla, ordinario retiro en que Alvar de Tudela, libre de mundanales distracciones, se entregaba con incansable afan á la contemplacion de los astros. No era el tal por cierto uno de aquellos melancólicos personajes envejecidos en el estudio, cuyo sentencioso lenguaje, penetrantes ojos y *luenga é bellida* barba revelasen á primera vista la espinosa profesion que escogiera: frisando apenas en los treinta años, y dotado de una fisonomía en que Gall hubiera hallado por especiales signos *tenacidad* y *ambicion*, se leia en ella únicamente la firmeza de propósito de un ferviente corazon que busca de buena fé la senda de la verdad, al paso que dos ó tres ligeras arrugas que en su frente aparecian patentizaban las hondas meditaciones de que era sin duda presa, durante las largas horas que al trabajo consagraba. Prisionero en una edad harto temprana todavía, aunque no sin haber vendido cara la victoria, fue llevado en rehenes á la populosa Edeta, donde un acaudalado judío obtuvo su rescate, confiando la curacion de sus heridas á una hermosa cuanto sensible hija suya, diestra cual ninguna en el arte de estraer de las plantas bálsamos eficaces contra todas las dolencias del cuerpo. Mas la tierna Sahara no pudo evitar, á pesar de sus cuidados, que declarado el cáncer, á consecuencia de un primer apósito mal aplicado sobre el campo de batalla, fuese preciso amputar la mano de la espada al infortunado guerrero. Muchas veces durante los amargos dias de una penosa convalecencia, procuraba el huésped divertir la melancolía de Alvar, iniciándole en los primeros rudimentos de la astrología judiciaria, ese estudio tan superior, segun él, á los mas sublimes cuanto que era el único, decia, que hubiese llegado á penetrar los futuros pensamientos del Supremo Sér que colocó las estrellas en el azul pabellon de los cielos, como partículas destacadas de sí mismo, cual vivientes rastros de su paso, para que no fuese del todo imposible á la pigmea comprension de los hombres, alcanzar á su altura.—Y cuando por dedicar á sus negocios la atencion que un complicado establecimiento y sus inmensas riquezas requerian, daba el docto viejo treguas á sus lecciones, entonces subia de puntillas la interesante Sahara, lozana con sus quince años y la inocencia que en sus azules ojos se retrataba, á ocupar el ancho sillon de su padre junto á la cabecera del enfermo. Grandes hubieron de ser sus mútuas protestas de constancias, muchos los lazos que les tendiera amor, y refinado por demas el misterio de sus relaciones, para que (dando con esto al israelita la primera noticia de ellas) se arrestára una noche de estío la gallarda niña á fugarse de la mansion paterna, y osase el cautivo caballero quebrantar la cárcel del honor á que vivia sujeto, no bien cicatrizadas aun sus heridas. ¿Qué mas diré? Una embarcacion fletada para lejanos paises condujo á los fugitivos al delicioso confin en cuya capital alzáran poco antes Aaronn y al Al-mamonn su sólio circundado de laureles. Alvar, el mutilado Alvar, muerto ya para los ejercicios militares, consagró con ímpetu doble todo el fuego de su imaginacion, todo el vigor de su entendimiento á las aras de la ciencia, quizá mas peligrosas que las de Marte: visitó y conferenció por espacio de ocho años con los varones mas eminentes que Asia y Africa cultas á la sazon poseian: y rico de sobrenaturales conocimientos y costosas máquinas de conocidos usos, encaminóse por fin al valle de su infancia, acompañado de un travieso pajecillo bagdadense, transformacion que solo á medias podia desfigurar á la judia Valenciana.

Lejos del estrépito de las poblaciones mandó construir una reducida aunque cómoda vivienda, donde compartia su tiempo entre la meditacion y el amor con tan cabal medida que era imposible decidir si costaba menos á su corazon abandonar los brazos de la hermosa para seguir nuevamente en el acto el curso de los planetas, ó suspender al astrolabio en sus interminables giros al retornar al solaz amoroso. Sin embargo, segun el narrador de esta verídica historia, de que soy humilde copista, pronto empezó á turbarse la tranquilidad de Alvar. No era que otra ambicion, á mas de la sed de saber, le desvelase; no era que el aspecto de su truncado brazo representára á su imaginacion las palmas bélicas en algun tiempo reservadas á su brio; era sí, que imprudente siguió en su empeño de conocer los secretos del porvenir, y no se detuvo al llegar á la estrella que encerraba su propio destino. Halló un lucero cuyo variable resplandor, ya trémulo, ya vivo y fulgurante, vino á ofrecerse á su anteojo con mas apagados destellos en el momento en que al finalizar un cálculo, fruto de treinta noches de cavilaciones, aplicaba á su lente la vista. Cerca de aquel y en direccion análoga se distinguia otro tan semejante en magnitud, forma y colocacion al primero que mas bien que distintos objetos pudiera decirse que eran el uno del otro tan solamente reflejo ó trasunto simulado por una ilusion de óptica. Parecia que aquellos dos luceros se impedian mutuamente desarrollar los espléndidos tesoros que cobijaba cada cual bajo su superficie de diamante; radiaban ambos una luz pálida y descolorida; y si en las altas horas de la noche amagaba uno de ellos dar mayor incremento á sus fuegos, pronto se veia al otro aminorar lentamente su desmayado resplandor hasta confundirse del todo en las negras concavidades del espacio. Cuando sobresaltado por estos anuncios quiso el astrólogo penetrar al fondo del arcano que contenia, vió con espanto grabado su nombre en uno de los astros y el de Sahara en el otro.

Una noche en que rehaciendo sus combinaciones por la centésima vez, encontraba siempre por término de ellas aquella fatal solucion mas temible que la misma incertidumbre, sintió tocar ligeramente á su puerta. Era, en efecto, pasada la hora ordinaria de suspender sus trabajos, y él olvidadizo por la primera vez, no habia acudido á

(1) Quevedo.

distraer sus pesares al lado de la sola que con un amor siempre igual y una solicitud cada vez mayor sabia hacérselos llevaderos.

—El mentido paje penetró en la estancia; su gallarda presencia disonaba tanto en aquel misterioso lugar, que sin poder Alvar reprimir un primer movimiento de sorpresa, tendió aceleradamente su única mano á los pergaminos que cubrian la mesa y procuró ocultarlos.

—No hay que incomodarse, dijo Sahara; si tanto asusta mi venida, me retiraré. Pero creo que el señor observador de los cielos se dignará descender por unos momentos de sus encantadas regiones para dedicarlos á nosotros, míseros habitantes del mundo sublunar, que no nos curamos de otros astros que sus ojos.

—Mal podrán ellos, contestó el de Tudela, corresponder á tanta galantería, que si en otro tiempo los humedeció el amor, hoy la meditacion los deseca. Déjame, Sahara, deseo estar solo.

—Me asustais, Alvar; qué pasa? ¿Tenemos algo que temer?

—Sahara, repitió éste, tomando afectuosamente una de sus manos y ciñendo con el otro brazo su cintura, mientras que sus trémulos labios se posaban sobre la frente de la jóven; Sahara, alejémonos de aquí; perfumados retretes, no estas sombrías paredes deben formar el digno templo en que descuelle tu belleza. Pero, prosiguió: —tal vez el destino haguiado esta noche tus pasos; fuera quizá mas cuerdo, haciéndote partícipe de mi secreto, declararte lo que de tu amante debes esperar, ó cuantos sacrificios habrás de tributar á su sosiego. Ven, el cielo está sereno; salgamos á la pradera; oirás, compartiéndolos, mis temores y mis esperanzas; guiarás con tus consejos mi incierto pensamiento, porque ¿me amas, no es verdad?

—¡Qué pregunta! interrumpió la jóven descendiendo la tortuosa escalera y abriendo en seguida la puerta que conducia al campo, no sin ajustar previamente á sus sienes un blanco chal que no acertaba á encubrir los profusos rizos de su negra cabellera.

Hacía una noche deliciosa; apoyada Sahara en el brazo de su amante escuchó con la mayor atencion la historia, harto conocida de ella, de sus primeras relaciones, que Alvar creyó oportuno repetirle. Su enfermedad, su fuga, los gratos momentos gozados durante su viaje, su peregrinacion á Bagdad, á Samarcanda, á Alejandría, al Cairo, aquel amor siempre nuevo, aquella union cada vez mas intima, su regreso por fin al pacífico valle donde en la soledad habian fraguado tantos y tan halagüeños planes para el porvenir, nada fué olvidado en la elocuente improvisacion del astrólogo.—«Con todo, continuó, próximo está el momento que aniquilará tanta ventura. La razon debiera habérnoslo predicho, si ya mi ciencia no me lo hubiere revelado; dos mortales enteramente felices en un estremo de la tierra, eran un imposible moral; su bienestar no podia ser duradero. Sábelo, Sahara; nuestras *estrellas* que se comunican su recíproco resplandor, no brillarán con entera plenitud hasta que una de ellas abandone á su hermana el luminoso raudal en que bebe sus rayos, cayendo cadáver en el seno de lo infinito. Oh! pero cuán inmensa será aquel dia la brillantez de la que sobreviva! Sí, escrito está con infalibles caractéres y apenas puede la imaginacion alcanzar, sin enloquecer, tanta grandeza.»

Diciendo esto, los ojos del astrólogo divagaban extasiados por la bóveda del cielo, y una exclamacion mas enérgica de entusiasmo agitaba ya sus labios.

—Cruel! prorrumpió la conmovida Sahara, no conteniendo el llanto que á sus párpados asomaba; toma mi vida si es necesaria á tu gloria: ¡ah! ojalá que ella te dé cuanto conmigo te falta.

Habiéndose alongado los dos amantes hablando de esta manera hasta una enmarañada selva que se dilataba por una grande extension de terreno entre dos hileras de enanas colinas que la circundaban, ofreciendo en sus vertientes fácil asidero de frondosas hayas y robustas encinas cuyo espeso ramaje, entrelazado en mil caprichosas vueltas cubria sus cabezas con un penetrable dosel y prestaba seguro abrigo á las aves que en ellas anidaban. Varios árboles tronchados por las tempestades habian formado en su centro una placetuela donde se detuvieron Alvar y su compañera: iban á sentarse sobre la verde alfombra que plateaba tibiamente un perdido rayo de la luna, cuando volviendo los ojos á la siniestra mano advirtieron una concavidad mal escondida entre los árboles; de que salia un débil resplandor amarillento. Era la boca de una cueva.

—¿Quieres que bajemos? preguntó Alvar.

No era difícil la entrada: por medio de una pendiente suave y poco prolongada se llegaba directamente á una pequeña pieza, en cuyo techo otra abertura mayor que la primera daba franco paso á los rayos del nocturno disco que á la sazon se ostentaba con toda su hermosura en la mitad de los cielos.

Una vez allí, Sahara, sin desplegar los lábios se reclinó sobre un peñasco.

—En verdad, amiga mia, exclamó Alvar, que eres injusta conmigo. ¿De qué me sirvió desahogar en tu seno mis pesares? Solo he logrado agravarlos. ¡Pluguiese al cielo que no fuesen inmutables sus eternas leyes! ¡Pluguiese al menos que recibiendo en mi cabeza el golpe fatal, derramase al morir en tus venas nuevos gérmenes de vida, puesto que la mia solo ha de ser una sombra sin objeto, privado de ti que formas la mitad de mi existencia!

—¿Y de la yedra que en esa selva nace, qué seria, Alvar mio, sin el olmo protector que la sostiene en sus brazos? Mas ya que los decretos de la suerte son, segun me dices, irrevocables, no los anticipemos siquiera, y abandonemos esta triste plática. ¡Oh! si fuese dable hacer al sér que amamos árbitro de nuestra suerte, no me vencerias en generosidad, te lo aseguro.

Encuentro de Alvar y la Judía con Satanas.

—Lo es, dijo una voz que parecia salir del pavimento. Y en el mismo instante una figura pálida envuelta en una especie de manto que le cubria de pies á cabeza se presentó en la caverna.

—¿Quién eres? gritó Alvar, dirigiendo la mutilada muñeca al costado izquierdo por un ademan involuntario.

El embozado se descubrió y dejó ver un pecho velludo y acardenalado, y unas piernas de sátiro terminadas por grandes pezuñas.

—¡Satanás!.... ¡Afuera! Nadie te ha llamado aquí.

—Para ser un sábio, dijo el diablo sonriéndose, alcanzas muy poco. ¿Un deseo que yo solo puedo satisfacer no equivale á un conjuro?

Y volviéndose á Sahara.

—Este rizo, añadió, poniendo sus negros dedos sobre la sien de la doncella, ha adquirido con mi tacto la virtud que deseas. El que lo posea dispondrá de tu existencia en cualquiera ocasion, á cualquiera distancia, á todas horas. Ve, si te conviene, pues por mi parte sin retribucion te lo cedo.

—¿Y sin condiciones? esclamó Sahara.

—Sin condicion ninguna. Quedará cumplido el encanto cuando su dueño, si está en tierra, lo arroje al viento; cuando lo sumerja en la mar, si navegáre.

—Alvar, dijo la jóven, recibiendo de manos del maligno espíritu el bucle que éste acababa de cortar, y tendiéndole á su amante; Alvar, amado mio, ¿me rehusarás la única merced con que puedo recobrar la tranquilidad y el contento? Toma: no te pido que lo uses, sino te agrada, pero recíbele á lo menos y dame esta prueba de afecto.

—¿Será verdad? dijo Alvar al diablo. ¿Me dará este rizo facultad para dirigir sobre la cabeza á que pertenece todo desman que la mia amagáre?

—Por el puntapié que me dió Uriel al enviarme á mi imperio, así es la verdad pura.

—¿Hasta la muerte?

—Inclusa la muerte.

—En hora buena, dijo entonces el amante de Sahara; acepto tu don, pero exijo de ti igual deferencia. Digno es de nosotros este trueque. Vivir el uno con el otro tan íntimamente enlazados que una deba ser la voluntad, siendo dos las personas; una idéntica la existencia, siendo dobles las almas.... Descansar en brazos de esa noble é ilimitada confianza que adherirá nuestros pensamientos, nuestras acciones, todo nuestro sér á un centro comun á que continuamente tenderemos.... solo nosotros, Sahara, somos capaces de concebirlo y fuertes para ejecutarlo. Esa amorosa abnegacion de que me has dado ejemplo, marcará, te lo aseguro, la página mas bella de nuestra vida.

La doncella no osó rechazar el encantado mechon que Satanás habia cortado á Alvar y que éste la presentaba.

—Ahora prometamos en nombre de Dios....

A tan tremenda palabra desapareció el diablo sin despedirse. El astrólogo y la judía salieron poco despues de la cueva.

(*Se continuará.*)

Eduardo Gonzalez Pedroso.

CORONACION DE LOS REYES

EN ARAGON.

En todos tiempos y paises fué pretension de los poderosos cuando aspiraron á ejercer imperio sobre otros hombres, que estos le reconociesen por medio de significativas ceremonias, símbolo material de la obediencia y sujecion á que se plegaban, seguro de la autoridad que les conferian, y prenda estable de la recíproca confianza entre el nuevo señor y los adquiridos vasallos. Sin mayor garantía que el misterioso sentido de aquellas fórmulas, abandonaron los pueblos sus derechos, sus intereses mas caros al arbitrio exclusivo de un monarca, y abusaron á veces los monarcas hasta amedrentar afligiendo sin tasa á los pueblos. ¡Estremado esfuerzo de la natural lealtad y de la costumbre!

Nuestra España, rica en nobleza de sentimientos mas que otra nacion alguna, no habia de quedarse atrás en este punto; ni era posible que cediese la ventaja en el aparato, llevando la preferencia en las virtudes que simboliza. Roto apenas el romano yugo y asentada su independencia al abrigo de las armas godas, comenzó á proclamar sus reyes con mas expresion y verdad en el rito; y ellos aceptaron agradablemente las públicas demostraciones que autorizó la costumbre, bien persuadidos de la firmeza con que liga su propio empeño á los españoles. Elegido el príncipe, los nobles y dignidades del reino le levantaban puesto en pie sobre su escudo hasta colocarle encima de los hombros, para que el pueblo le saludára, recibiendo y prestándole el debido juramento. Todavía en tiempos de la dominacion agarena conservaron esta práctica los pueblos que lograron esquivarla; y aun quedó á los últimos siglos como perpetuo monumento de tan magestuoso acto, la frase *alzar por rey* que en su principio estaba muy lejos de ser metafórica. Por la misma razon se llamaron *fieles* los súbditos, atendido el juramento de fidelidad que entonces hacian; y tambien *homines* ú *homes del príncipe*, de donde provino la palabra *homenaje*, atravesando hasta nosotros por mas que falten hoy las ideas que en su orígen encerrára; pero convirtió unas y otras denominaciones la servil lisonja en la disonante voz *vasallos*, de aplicacion incierta, obscuro nacimiento y naturaleza dudosa.

Mas no tardó la desmedida ambicion de los pontífices en invadirlo todo, y apoderarse juntamente con las fórmulas del derecho popular en ellas incrustado y como reconocido. La solemnidad religiosa del acto les abrió camino para intervenir; pasaron en breve de la intervencion á la exigencia, y de aquí al dominio; llegando á tal extremo el abuso de la superioridad que ejercieron á nombre de la iglesia, á tanto grado el envilecimiento de los príncipes ante sus ojos, que ya en el siglo XII no solo pretendian disponer de sus coronas, sino que las colocaban con los pies sobre sus cabezas.

El católico y generoso reino de Aragon, uno de los primeros que sacudió la romana tiranía á la sombra del valiente Ataulfo, y logró en parte evitar la odiosa irrupcion de los africanos, no pudo tolerar este menosprecio y arbitrario influjo, ni quiso permitir aquella usurpacion de sus fueros y prerogativas. Alentá-

ronse los monarcas con el apoyo de la opinion, y resistieron la novedad primero con astucia y despues con franca entereza, á pesar del constante ejemplo de las naciones circunvecinas.

Don Pedro II llamado el Católico, fué modelo de sorprendente sagacidad, si bien envuelta en sombras de humilde deferencia al destemplado intento del papa Inocencio III de este nombre. Habia éste promulgado una Decretal por la que declaraba verdadero emperador aquel solo á quien él agraciára con la corona del imperio; y la debilidad del monarca transigió con tan repugnante idea, acudiendo á recibirla en Roma como si en otro caso no quedára bien segura sobre sus sienes. Mas pareciéndole asimismo harto vergonzosa la circunstancia de acomodarla con los pies, discurrió con notable ingenio mandarla fabricar de pan ácimo ó sin levadura y enriquecerla con multitud de preciosas piedras y adornos de gran valor: por donde sin rebajar la magnificencia de la insignia logró que fuese tomada con las manos en consideracion á la materia.

Menos tolerantes sus sucesores y mal avenidos con la impuesta subordinacion, protestaron formalmente que no recibian la corona *de la iglesia ni contra la iglesia*; y aun hubo muchos que no consintieron fuese tocada por los obispos en quienes habian delegado ya sus facultades los pontífices para semejantes casos.

Ese alto aprecio que señores y súbditos hacian de la dignidad del trono, no podia menos de reflejar magestuosamente en la solemnidad con que se celebraba el ascenso del nuevo reconocido. Comenzaban los preparativos y fiestas muchos dias antes que tuviese lugar la ceremonia, y no concluian hasta algunos despues. La ciudad de Zaragoza se inundaba de gente forastera que acudia ansiosa á gozar de tan magnífico espectáculo. El palacio en donde se hospedaba el príncipe, veíase adornado con esquisito lujo y ostentacion: entapizados los suelos y paredes con riquísimas alfombras, fabricados toldos en los descubiertos de sirgos ó damascos, y en diferentes puntos elevados asientos que componia un sillon sobre gradas ocultas en recamados paños, y por remate un dosel de seda y oro, con destino á la real persona.

Concurrian á la funcion los magnates y prelados, los caballeros y ricos-hombres tanto del reino como de las provincias comarcanas, con lucidas y numerosas comitivas en que rivalizaba la gala de los adornos con el capricho y buen gusto de la invencion. La ciudad y el rey, cada cual por su parte, establecian diversas telas para justar, nombrando *mantenedores* que las defendiesen, y los nobles forasteros se las disputaban uno tras otro dia, en tanto que los moros aliados vestidos de albornoces y aljaubas y armados con sus adargas y ginetas, quebraban cañas entre sí; ofuscando la vista de los espectadores la agradable y confusa variedad del entretenimiento.

Al mismo tiempo discurrian por las calles danzas y coros de jóvenes de ambos sexos que daban vida al público regocijo; los oficiales de la ciudad dirigiendo otros grupos de músicos en que alternaban las trompetas con los instrumentos de cuerda y órganos de mano, se entraban diariamente en los palacios del rey á saludarle enloqueciendo en su alegría; y los judíos residentes entonces en la ciudad, repetian igual festejo, ceñido el traje con cintas de plata y formando alegres sones con sus voces y salterios.

Entre los juegos y diversiones que por las calles se tropezaban, era digno de particular atencion por lo militar y pujante el que llamaron *bohordo*: en donde ejercitaban los caballeros su destreza y vigor inaudito para la batalla. Consistia su aparato en un lienzo de tablas bien sujetas por sus extremos en dos robustos troncos á conveniente altura. Los que tomaban parte en él, rompian á todo el escape de sus caballos adornados por fuero con pretal de cascabeles, y levantada una lanza corta en que estaba severamente prohibido llevar ningun género de punta, ni aun formada en la misma madera: sin embargo, habia señalados premios al que consiguiera taladrar arrojándola al espesor del tablado, teniéndose con justicia en mucho el esfuerzo del tirador. Despues de tan maravillosa prueba, no parecerá fabuloso que al impulso de brazos tales atravesára un dardo en la guerra el acerado arnés ó la cota del enemigo.

Llegada la noche, admitian los reyes en su cámara á los principales señores que hubieran asistido á la celebridad del dia, y como en demostracion de agasajo les mandaban repartir de sus arcas preciosos vestidos y joyas; extendiéndose la munificencia tambien á sus criados y personas de inferior clase, á quienes solieron dar en vez de galas, dinero con que se las procurasen.

Tres dias antes de la coronacion se consagraban los príncipes al retiro y al ayuno, sin dejarse ver no siendo de sus familiares; y era indispensable requisito que se hubieran de bañar en ellos, confesando y comulgando el último para que la limpieza del alam acompañára á la del cuerpo en tan solemne ocasion. Llegada la hora, inmensa concurrencia de grandes y prelados poblaba los salones del alcázar: el nuevo rey ataviado con deslumbrante riqueza y cubierto con su manto venia á saludar á los que le aguardaban, y sentándose en paraje elevado donde el pueblo le divisára, recibia sus aclamaciones acompañadas con el músico estruendo de clarines y chirimías que en su excesivo número se confundian y desconcertaban. Allí por empezar autorizando la fiesta, armaba caballeros

Coronacion de los reyes en Aragon.

á algunos de sus escogidos; y montando despues en un hermoso caballo encubertado del mismo paño de sus vestiduras, se encaminaba á la iglesia, acompañándole los infantes y primeras dignidades del reino que en igual forma cabalgaban: el resto de la comitiva le rodeaba á pie, honrándose los señores y títulos con llevar dos largos cordones pendientes del freno. Abrian paso los juglares con sus bailes é instrumentos á las banderas y estandartes reales; detrás marchaban en órden los escuderos llevando en hombros los broqueles, espadas y espuelas de los agraciados que cerraban el séquito del monarca.

Cada clase del estado se esforzaba en obsequiarle preparando en su tránsito alguna inesperada invencion que manifestára su alegría. Ya eran vistosas cuadrillas de caballeros armados fingiendo á su paso un torneo en donde mil variadas suertes alternaban con los tremendos golpes que se repartian hasta quebrar ó torcer las espadas; ya grandes castillos fabricados con primor y conducidos por hombres ocultos, en cuyas torres ardian ciriales de enorme corpulencia, ó bien se veian doncellas y matronas adornadas con alegóricos trajes que cantaban delante del rey romances alusivos á la funcion; ya en fin eran prodigiosas moles representando ciudades con su fortaleza á correspondiente distancia, coronados los muros y almenas de guerreros que imitaban el cerco y combate segun la estrategia de aquellos siglos. Las calles cubiertas de olorosas plantas, envueltos los balcones y azoteas en costosos tapices y colgaduras, encendidas innumerables hachas de blanca cera, iluminando la beldad y pomposo atavío de opulentas damas que amontonaba en todos el deseo de ver y ser vistas, partiendo sus destellos en mil colores sobre la tersa brillantez de las joyas de diamantes, daban un aspecto grave y seductor á la trazada carrera. Cruzábala reposadamente el príncipe parándose sin afectacion á honrar con su agrado las vivas demostraciones del general contento: y poco antes de llegar á la catedral salian en procesion á recibirle los obispos, abades y clero, conduciéndole entre sus filas hasta las gradas del altar mayor dispuesto con el debido aparato.

Oraba el rey brevemente y en alta voz pidiendo á Dios acierto para desempeñar el severo cargo que le imponia; lo cual hecho se retiraba al sólio de antemano preparado en las mismas gradas, dejando espacio á que los escuderos colocáran sobre el altar los broqueles que conducian, y á los oficiales para que los orlasen con sus pendones. Los músicos al pie del ara repetian sus canciones y juegos, en tanto que el monarca hacia públicamente colacion de vino y confites, servidos el plato y copa por los infantes, grandes maestres de las órdenes, ú otras personas de cuenta. Concluido esto, retirábanse las gentes de la iglesia, y el príncipe á la sacristía, donde reposaba en su lecho para que le encontrára descansado la ce-

remonia del siguiente dia; quedando en el templo algunos condes y personajes de la servidumbre á velar sus armas.

Apenas despuntaba la aurora, era la primer diligencia prepararse oyendo misa privada en cualquiera de las capillas, y seguidamente se mostraba al pueblo en igual disposicion que la víspera. Salian entonces en procesion los caballeros, los prelados y dignidades eclesiásticas, cantando salmos hasta rodear al monarca, que hincadas las rodillas y la cabeza reverentemente inclinada, oía las oraciones que sobre él y sobre sus armas pronunciaba el arzobispo vestido de pontifical. Bendecidas por fin despues de largos ritos, ceñíase él propio la espada, y dándose una palmada en la mejilla izquierda la sacaba y blandia por tres veces ante la muchedumbre: calzábanle dos grandes las espuelas, y quedaba armado caballero, continuando la misa y oficio para la coronacion.

Retirábase ante todo á trocar el traje, siendo notable que encima de él vistiese alba, casulla y dalmática como si hubiera de representar autoridad entre las gerarquías de la iglesia. Volvia luego al altar acompañado siempre de los nobles y prelados, guardando sus costados los obispos que pedian en alta voz al metropolitano le ungiese y consagrase, pues de derecho le pertenecia la corona. Suspendiendo la celebracion preguntaba éste *si eran sabedores de lo que aseguraban*, y respondido afirmativamente por todos hasta tercera vez, el arzobispo esploraba las voluntades del rey y del pueblo: acto imponente en donde resplandecia la autoridad del segundo y el valor de sus decisiones. Interrogábase al monarca para obligarle; interrogábase al pueblo para satisfacerle: aquel respondiendo prometia; éste hablando se conformaba: el primero reconocia la obligacion de guardar al reino su religion y sus leyes; el último admitia para el gobierno de sus intereses á la persona propuesta. Mediante ese expreso consentimiento era ungido el príncipe con el óleo santo sobre el pecho y cada uno de los hombros, y tomando entonces la corona, cetro y globo, sin permitir que nadie los tocase por conservar intacta su independencia, recibia la bendicion y se dejaba conducir al trono ó silla real, en cuyo momento el arzobispo entonaba el *Te-Deum* continuado por el inmenso coro de todos los concurrentes.

Y aun no era bastante para entrar en ejercicio del poder aquel tan solemne acto, si antes no hubiese jurado en córtes lo mismo que en él manifestaba: que fueron por demas celosos los aragoneses en punto á conservar sus fueros y libertades. Sábese que habiendo tomado don Alonso III desde Mallorca el título de rey de Aragon sin preceder este requisito, los nobles se juntaron y dispusieron enviarle una embajada en que de parte del reino le requerian para que luego viniese á jurar segun costumbre, y *sobreseyese entretanto en el llamarse su rey; pues no le tenian ni tendrian por tal, hasta que lo hiciera*: y de tal modo se obstinaron en su razon, que el rey hubo de ceder y aun disculparse. Así daban á este género de fórmulas una importancia positiva.

Concluidos los oficios, que duraban prolongadas horas, tomaban los poderosos al rey sobre sus hombros para sacarle á las puertas del templo: ¡venerable recuerdo de los primitivos usos! Montaba allí en su caballo con el embarazoso traje sacerdotal y las insignias de monarca; distribuiase el cortejo en igual forma que á la venida, y se dirigia con la misma suntuosidad al real alcázar. En sus patios y salones se veian grandes mesas preparadas con esmero para la comida: dispuesta sobre un tablado la de los reyes, que al parecer se complacian en mostrarse á sus vasallos, y con destino las inferiores á la grandeza y resto de los convidados. Y era tanta su largueza, que daban aquel dia mesa franca á cuantos quisieran disfrutar del favor; subiendo alguna vez á diez mil las personas que acudieron á tales banquetes.

Mas no se reducia á una vana ostentacion de generosidad este agasajo, sino que descubria el intento de agradecer festejando al reino las públicas muestras de su alegría: de captarse su amor concediéndole merced tan señalada como admitir en su propia mesa á las clases del estado sin distincion. Por eso no desdeñaban los príncipes responder á las invenciones del pueblo con otras de idéntico carácter que regocijaban el festin. Apuráronse en ellas los recursos de la imaginacion, y aunque revelan á nuestros ojos el sesgo particular que el gusto habia tomado en aquella época, todavía su relacion sorprende y manifiesta el arrojo que presidia en sus mas tranquilas diversiones. No eran solo ángeles que al estruendo de la orquesta descendian entre apiñadas nubes á ofrecer el agua-manos y los primeros manjares al monarca; ni prodigiosas águilas de bruñido metal introduciendo los platos que se servian: eran detras horribles mónstruos vomitando fuego para abrir calle en la agolpada multitud; eran combates y remedos de peligrosas cacerías que en ocasiones se acercaban sobradamente á la realidad.

Las historias nos han conservado una harto reparable bajo este aspecto. En la coronacion del rey don Martin, precedió á las últimas viandas una roca enorme, en cuya cima se miraba un corpulento leon herido con una grande abertura en la espalda. Salido que fué aquel tren á los patios, comenzó á arrojar de su seno abundancia de voladoras aves y pájaros de diversas especies, y tambien *varios jabalíes que alegraron mucho la funcion*.

Las fiestas se prolongaban por muchos dias, y el nuevo rey celebrando la octava de su coronacion, permanecia durante ella encerrado en sus aposentos. Desde sus miradores gozaba del brillante espectáculo de las justas y torneos que diariamente se repetian: multiplicábanse las danzas y rondas, lidiábanse toros, y hasta los judíos prepararon singulares festejos, presentando en simulacro ambulantes sinagogas en aparatos de madera, donde representaban al público los ritos y ceremonias de su ley por entonces permitida.

De esta suerte rebosabaá lo exterior el entusiasmo de los corazones al lado de su candorosa firmeza: ¡envidiable estado y digno de la general imitacion! Pero los reyes empezaron á esquivar el contacto de sus pueblos y los pueblos se estrañaron de sus reyes: la adulacion usurpó el lugar de la benevolencia, los festejos se hicieron mas delicados y pulcros cuanto menos sinceros, y turbada la armonía entre el gobernante y los gobernados, concluyeron por no entenderse sin mas ocasion que la de estar muy lejos para escucharse.

Bonifacio Gomez.

LOS CAMINOS DE HIERRO.

EL SUEÑO DEL ORGULLO.

[A MIS AMIGOS OCHOA Y MASARNAU.]

Era una tarde—jóven estranjero,
de las playas de Ostende me alejaba,
y con dulces recuerdos de viajero
entre gentío inmenso caminaba.

Tranquilo aquella escena el pensamiento
por las ventanas de los ojos vía,
y con la confusion y el movimiento
gozaba el alma indiferente mía.

Entonces para mí que en aquel suelo
no dejaba ni amores ni esperanza,
ni le regué con lágrimas de duelo,
todo era gozo, calma y bienandanza.

Dulce balada en vibrador sonido
de cien campanas repicando á coro
al viento daba, y á mi atento oido,
de la alta torre el carrillon sonoro (1).

A veces con las ráfagas del puerto
las notas al sonar se disipaban,
y las olas en lúgubre concierto
con los cantos flamencos alternaban.

La máquina de Watt, sujeta en tanto,
temblaba con metálicos latidos,
y sofocaban el lejano canto
del vapor los ardientes resoplidos.

Su diestro conductor la paseaba,
sobre ella en pié, cual domador sereno,
como el auriga que en el circo entraba
á su cuadriga mesurando el freno.

Llegó la hora de partir ansiada,
y en el vapor arrebatados fuimos...
y antes de la postrera campanada
la poblacion de vista ya perdimos.

Llanos, bosques, ciudades cruzó luego
rodando con su cola de vagones
ese mónstruo que vive de agua y fuego
para arrastrar enteras poblaciones!

Como gallardo gallopar medido
era su curso al principiar pausado,
luego, silbando en el carril bruñido,
fué escape de caballo desbocado.

Corrió despues como bramante fiera
que lleva el dardo entre los anchos pechos,
y resonó en los puentes de madera
cual sordo trueno que retumba á trechos.

Huyó como ginete derrotado
atravesando simas y barrancos,
con su penacho de humo derribado,
lloviendo hollin sobre los negros flancos.

Confundidos en uno sus resuellos
voló por fin, zumbando como bala,
como vuelan del campo los destellos,
como ventisco que los campos tala!

Y al principio la tierra á entrambos lados
mirábamos moverse lentamente;
vimos despues los próximos collados
de súbito girar confusamente.

Y vimos los peñascos sacudidos
arrojarlos la tierra hácia adelante,
y de raiz los troncos desprendidos
cual lanzados por diestra de gigante!

(1) El *carrillon* es un relój de música de campanas, el número de estas en algunas torres de Flandes y Brabante pasa de doscientas. Es inexplicable el efecto que producen al oido del viajero aquellos sonoros campanarios enviando á la tierra, antes que la vista los descubra, entre ráfagas de armonía, las modulaciones de antiguas baladas populares.

Y la tierra por último rodando
esfera de sus ejes separada.....
y el remolino inmenso contemplando
la débil vista me sentí turbada.

Soñaba entonces que del aire dueños
iban los hombres por el alto espacio;
y abandonado á mis felices sueños
alzaba entre las nubes mi palacio.

Soñaba que un espíritu en sus alas
sujeto á mi poder, me daba asiento,
y que vogaba en las etéreas salas
con la velocidad del pensamiento.

Desde mi altura á la mezquina tierra
bajé la vista, y con sorpresa extraña
asolada la ví por hambre y guerra,
y de la muerte por la atroz guadaña.

Ví que siglos sin cuento ya pasaron
desde que el trono del Eden perdimos,
y que los males que primero entraron
cuando las puertas á la muerte abrimos,

Nunca dejaron de afligir al hombre,
aunque mezquino en su dolor profundo
de sus dolencias alterado el nombre
dé por alivio al destrozado mundo!

Como volaba por el ancho cielo
paré en la cumbre de una azul colina:
y allí miré sobre el desnudo suelo
del mundo antiguo la tremenda ruina.

Era del Asia el arenal desierto,
donde el Eufrates murmuró entre flores;
era el Oriente enmudecido y muerto,
tumba del bien y cuna de dolores.

Al pié de un árbol corpulento y bello
un hombre y su mujer miré agrupados,
cubriéndose la faz con el cabello,
ojos y lábios de llorar hinchados.

Ví á su lado la sierpe maldecida.....
los padres eran de la raza humana;
y estaba la mujer al tronco asida
comiendo aún de la fatal manzana!

Mi espíritu sus alas sacudiendo
encima de ellos columpiaba el vuelo,
y de sus negras plumas al estruendo
la vista alzaron con espanto y duelo.

Miróme Adan, y renovó el murmullo
el onda muerta que regó aquel llano,
¿quién eres, dijo, que en tu loco orgullo
tan alto subes, ángel soberano?

Un hijo tuyo, respondí, no llores
por la que diste al mundo triste herencia;
esclavos fuimos, somos hoy señores,
nobles rivales de la eterna ciencia.

Males nos diste, desnudez, destierro...
míranos ya en el trono del Querúbe!
no llores, padre, por tu antiguo yerro;
ven con nosotros, y al Empíreo sube.

Las puertas áureas del Eden cerraste,
y otro Eden floreciente nos hicimos;
del árbol de la ciencia nos privaste,
ya solo con su fruto nos nutrimos.

Sujetamos los libres elementos,
y dueño de este espíritu me miras;
ya surcamos los mares y los vientos,
y tus hijos se burlan de sus iras.

Mañana nuestra esencia engrandecida
con nuevas artes y poder veremos;
y si hallamos el árbol de la vida
eternos en el mundo viviremos!

Sus secos ojos levantó el anciano,
y así me respondió con un suspiro:
¡Ay de mi raza! con tu orgullo vano
mi antigua culpa renovarse miro!

Mas que tú cerca del Eden estuve,
y hasta este valle de dolor caí:
pobre criatura, á rebelarte sube,
justo es que agora pene yo por tí!

Por este fruto que tocó mi diestra
herencia os dí de muerte, llanto y luto;
mas condenado por la culpa vuestra
me ves agora á tan amargo fruto.

Domina el mundo, y alza el vuelo, tanto
que hagan tus alas retemblar el cielo;
tú bajarás para comer con llanto,
y á trabajar con tu sudor el suelo!

Sí, bajareis, envanecidos séres,
cuando os llegáre de morir el dia;
y tambien vuestras hijas y mujeres
á parir con dolores y agonía!

Huye del tiempo, que á tu lado corre
aunque cruces volando el hemisferio;
quizás mañana Dios airado borre
las grandes trazas de tu nuevo imperio!

En tanto yo, de tus desdichas padre,
en este campo oculto á los vivientes
voy devorando con tu triste madre
la ponzoña letal de las serpientes.

Tú prosigue tu vuelo, hijo precito,
dijo, con eco de dolor profundo;
rebélate, y renueva mi delito,
y dure mi sentencia cuanto el mundo!

Calló, y dobló la frente: hablar queria
y ahogado son produjo Eva la anciana,
que en su garganta con dolor tenia
atravesada la fatal manzana.....

—

El aura ya mi sueño disipaba
con el rumor de una ciudad vecina,
y aun en mi oido el carrillon sonaba,
y el vago murmurar de la marina.

Entre la confusion de los viajantes,
Eva, y Adan, y el mudo oriente huyeron;
y los latidos del vapor sonantes
por grados ya disminuyendo fueron.

Y en menos tiempo del que yo he gastado,
perdiendo puerto, y mar, y blancas velas,
como una bala me encontré lanzado
en la elegante corte de Bruselas.

El poderoso monstruo de agua y fuego
detuvo el curso á la ciudad cercano,
y de sus flancos fué abortando luego,
mas gente aún que el armazon troyano.

Bélgica.—1839.

P. de Madrazo.

COSTUMBRES.

LAS CASAS DE JUEGO.

Si yo fuera rico, no jugaria;
juego para serlo;
si lo consigo ¿seguiré jugando?

Mas de una vez me he preguntado á mí propio, quién seria el inventor de esa broma pesada, que aflige al género humano y á la que tan impropiamente dan el nombre de *juego*. Preciso es, me decia, que en su orígen tuviera algun aliciente; este no podia ser otro que la ganancia, y como he dado en creer con mas ó menos razon, que la fortuna es inconstante, se me ocurrió á poco rato, que la *trampa* debió nacer antes que el *juego*, ó mas bien que este podia pasar por hijo legítimo de aquella. En seguida me hacia otra pregunta, conocido ya el inventor del *juego* ¿de qué medios se valdria para convencer á los demas de que aquello podria serles ventajoso? Y no encontré otro medio que el de presentarles ganancia. Aquí me asaltó segunda vez lo inconstante de la fortuna, y dije: si tales personas debian á la suerte la ganancia, es muy probable que el inventor no estuviera muy satisfecho de su obra y la abandonára: y entonces ví tambien que en aquel ganar habia *trampa*, especie de golosina ó cebo para atrapar el pez, mejor dicho, que aquella ganancia que entraba en los bolsillos era el palomo que aumentaba el palomar que habia de llevarse en masa á mejor sitio. Por estas ligeras reflexiones, vine en conocimiento de que quien inventó el juego fué la *trampa*. Averigüen ahora mis lectores quién puede ser esta señora; yo solo les pondré en camino con decirles que donde hay *trampa*, hay caidas, y que el que se cae... no siempre se levanta.

A estas preguntas seguia yo diciéndome ¿quiénes podrian jugar con mas ventaja, es decir, con mas probabilidades de ganancia? Claro está, los que tuvieran menos probabilidades de perder: á primera vista parece una paradoja, pero no lo es: el que nada tiene, nada pierde; y en el juego precisamente el que nada tiene es el que gana, asi se explica que haya tantos jugadores, la guerra ha sido siempre de los mas á los menos; si estos se hubieran dado por vencidos la lucha no seguiria, se han empeñado por el contrario en buscar el desquite, y eso es tan imposible, como el que perdió un bolsillo con dinero, logre se lo devuelva la persona que lo encontró. Despues de estas observaciones fijaba mi atencion en la palabra *juego*... ¿y qué se llama *juego* entre nosotros? Disputan dos amigos, se dan de golpes, se rompe el uno al otro un brazo... ¿qué ha sido eso? preguntan los curiosos. Nada... que fulano ha perdido un brazo.—¿Y cómo ha sido eso?...—Jugando.—¡Hombre! exclama un sugeto: fulano se ha caido de un balcon y se ha roto el alma.—¿Y cómo fué el caerse?—¡Cómo habia de ser!... estaba jugando... A propósito: sabe Vd. quién se ha perdido completamente, aquel jovencito tan rumboso y tan...—Sí, sí, le conozco... ¿y de qué modo? ¿jugando por ventura á la bolsa?—¡Qué bolsa, ni qué calabaza, en la bolsa no se juega, allí se hace otra cosa mas séria...—Jugando al monte.—Señor mio, yo no conozco otro monte donde uno pueda perderse y perder, que el de Torozos, y cuando hablaba de la bolsa, bien conoce Vd. que no iba muy descaminado. Pero viniendo á la cuestion, es el caso que todo el mundo pierde y pierde jugando. Si alguno gana por casualidad y se le dá la enhorabuena, no tardará mucho en contestar:—Vd. solo se acuerda de cuando gano y no toma en cuenta lo que llevo perdido; pues sepa que todavía estoy alcanzado en tanto, y aunque hoy he ganado, los banqueros no se han entristecido, porque saben que he de volver, y esto es algo. De suerte que en vez de *casas de juego* yo las llamaria *casas de pierde*: de este modo á los concurrentes á ellas podria significárseles con mucha propiedad, sentándoles como les sienta mejor el nombre de *perdidos* que el de *jugadores*.

Las casas de juego se encuentran en todas partes y en todos tiempos: en la sucia y negruzca taberna, en la cárcel inmunda y hedionda, en los alfombrados salones, en los ricos palacios: el vicio está en mantillas, y no extrañeis, lectores, que entre esos hombres andrajosos que tiran á la navaja en el patio de la cárcel ó en algunas de sus cuadras, cuya planta sucia se resistiria á sostener la baldosa de la mas humilde habitacion, lleguen algun dia á ser bien recibidos, y adulados torpemente en las altas sociedades

Alguno de esos jovencitos, á fuerza de práctica llegará con el tiempo á ser *limpio* y *fino* en el manejo de una baraja; y en las casas de juego cuanto mejor se ha estudiado el libro de las cuarenta hojas, mayores son los obsequios

y el buen recibimiento que al artista se dispensa. Si á esto se agrega el ser hombre de armas tomar, ya puede decirse que tiene hecha su carrera, y que para vivir no necesita quebraderos de cabeza; de que buena gana, personas que han recibido fina y esmerada educacion, en quienes el vicio empezó por jugar aleluyas y alfileres, y acabará tal vez por jugar la camisa, cambiarian su cómoda existencia rompiendo todos los lazos que les unen á su familia por la del sér vil y degradado, que pasó sus dias cobrando el barato y sin mas familia que la baraja, sin otra sociedad que la compuesta de miserables desgraciados que viven en el pillaje, y cuya vida no es otra cosa que una plaga de calamidades!

Las casas de juego en la Córte, que es donde nosotros estamos, se distinguen en su mayor parte por una seña particular: rara es aquella en cuyo portal no se encuentra un esterero, sin que acertemos la razon de esta medida, á no ser que por estar desocupado el que cuida de la tienda pueda desempeñar las comisiones que se le confien, que de seguro será mas de una. Inmediata á la casa de juego debe estar la de la prendera, la del usurero y

la que abrigue en su seno las gracias de la hermosura; en la inteligencia, que conocidos de los cuatro datos que dejo expuestos, dos de ellos puede muy facilmente resolverse el problema y venir en conocimiento de los otros dos. Las precauciones que se toman en una casa de juego con el objeto de que no sea sorprendida, son infinitas: la escalera no tiene mas claridad que la suficiente para que el que la sube pueda ser visto sin ver; á este fin las paredes que dan á ella están agujereadas y por allí se observa á todos de la manera mas completa de frente y por los costados: la persona á cuyo cargo está semejante empleo es muy fisonomista; hay ademas, horas fijas, golpecitos marcados para llamar, portero agarrado anticipadamente al picaporte y que obedece ciegamente al mandato del que tiene la vista fija en la escalera, que abre y cierra sin hacer el mas pequeño ruido que pudiera causar á la vecindad escándalo. En el momento de entrar el sugeto todos los presentes le miran; si es desconocido, el amo se acerca á preguntarle, por quién ha entrado en su casa; si es lo que se llama un buen *punto*, es decir, persona que juega fuerte, inmediatamente le ofrecen silla próxima al que *talla* y si es *mirón*, entra de puntillas por que no le miren á él.

El silencio que reina en la habitacion es sepulcral, mientras van corriendo las cartas; el que se interesa en la *talla*, contiene hasta la respiracion; en sus ojos se pinta la impaciencia, en su rostro la codicia; si viene su carta respira y reposa mientras barajan, si le echan la contraria, aunque disimula el sentimiento, arruga el gesto y su cara es algun tanto dificultosa: el curioso observador conoce todo esto sin acercarse á la mesa: con solo mirar al que juega y con el ligero ruido que causa el desahogo del oprimido corazon cuando viene una carta, puede asegurar quién ha ganado y quién ha perdido; si gana la banca el sentimiento de los puntos ahoga la respiracion; si por el contrario ganan estos se siente en el acto un ligero murmullo producido por la alegria; y unos tosen, otros se limpian el sudor, que aunque sea en el rigor del invierno el que juega siempre suda y suda física y moralmente, porque el perder abriga mas que una manta de Palencia: otros animados con la ganancia, dicen *esta es mano de cigarro* y todos juntos discuten, con brevedad y sin acalorarse, si es *lado* lo que se dá, *mayor* ó *menor judia* ó *contra judia*, *si quebró* el juego y si fué causa de esto el que dejara de *cortar* el sugeto que lo hacia antes ó el haber mudado de baraja. El banquero entre tanto *peina* las cartas, y á la voz de *quién lo hace* todos enmudecen y se repite una, y otra y otra vez la misma escena. Mientras dura la *sesion*, que en esos *congresos* asi se llama el jugar, unos salen para no volver y estos son los menos, es decir, los afortunados; y otros salen para volver á entrar y son los mas; aquellos serenos y alegres, estos con el rostro encendido y visibles señales de desesperacion. Imposible le parecerá al lector que en el corto instante que media entre la ida y la vuelta den tantos pasos como dan.

Mira ese jóven impaciente por firmar un papel, en que se compromete la fortuna de su familia ¿y todo por qué? por obtener unos cuantos reales para desquitarse en la misma *sesion*; repara cómo se deja persuadir por el indolente usurero que le obliga á firmar el doscientos por ciento; afianzándole con las alhajas que estan sobre la mesa, sin desechar el infortunado de su mente la consoladora idea de que con el dinero que le dé habrá de armarse irremisiblemente. Contempla ese otro cuadro y te asombrarás al ver la implacable codicia del viejo prestamista; y con qué solicitud saca el talego de las monedas al ver la preciosidad de las joyas de que va á ser depositario, por una miserable cantidad que esta seguro de triplicar. Pues bien, esos mismos sugetos que hace poco salieron de la casa de juego y los vuelves á ver entrar en ella, han recorrido en tan corto espacio el inmenso camino que para encontrar dinero se necesita andar: todo el sentimiento con que les vistes salir ha desaparecido, ya no recuerdan lo que hace un instante: no habitan en lo pasado, viven tan solo en el porvenir; perdieron su imaginacion, no se ocupan mas que de lo que han de ganar, y sin embargo todas son ilusiones, solo ganan desengaños, si es que los jugadores se pueden desengañar; y cuantos viajes hacen son perdidos, y perdido el dinero que en ellos logran tambien. La fatalidad mayor de este vivir, consiste en arrastrar al individuo á que se desquite el mismo dia, en el mismo instante en que pierde; en no tener suficiente sangre fria para retirarse

hasta otra sesion: en una palabra, en no ser *cuco*, pero entonces no seria jugador; ojalá hubiera muchos *cucos* ó se pudiera aclimatar en nuestro suelo esta especie de *alimaña* que de vez en cuando asoma tímida y en-

cogida por las casas de juego, para que no reparen en su existencia y que llevando en el bolsillo una peseta, mete dos reales á una carta, y si los pierde no se marcha en el acto por no dar escándalo, pero á poco tiempo se retira con los otros dos, no sin que signifique su semblante lo pernicioso que es frecuentar semejantes casas de perdicion ó murmurando entre dientes: «asi se pierden las casas.» El verdadero jugador cuando gana, quiere llevarse hasta el tapete; no repara cuando pierde en ningun género de humillacion y afrenta, pide prestado á cualquier desconocido, y no tiene reparo en mandar á su casa y franquear la puerta al primero que tiene al lado, dándole la carta por señal á fin de que su mujer le mande dinero.

Observa esa escena, curioso lector, y mira cómo es recibido el hombre inmoral y bajo que se presta á semejantes oficios; la mujer con las lágrimas en los ojos, le pregunta qué es de su esposo: un amigo de la casa censura ágriamente tan escandaloso proceder; pero el tuno, el lameron del enviado, que porque le armen con media peseta cometeria la mayor bajeza, contesta impasible: yo ya le digo que hace muy mal en jugar, que porqué no se retira; crean ustedes que el venir aquí, solo por un amigo lo hago: él me ha mandado á que la pida á Vd. dinero y de paso la diga que está ganando..... La infeliz mujer le manda lo que la pide, lo que tal vez tiene ya perdido cuando vuelve el de la comision, pero que no lo paga á no que gane por casualidad con ello.

Cuando el jugador pierde un dia y otro, cuando ha causado infinitos disgustos á su mujer, cuando esta ha recogido una parte de la fortuna comun á fin de no verse mañana sumidos en la miseria, entonces pone en tortura su imaginacion y la de otros tales que le rodean á fin de poder continuar alimentando el vicio. Conoce su delito, y si ha querido de veras á su esposa, anda tímido en atacar la fortaleza de frente. Se presenta desesperado, pronuncia medias palabras, come poco, se hace mandar anónimos de acreedores fingidos, aunque no le falten verdaderos, y procura que caigan en manos de

su señora por ver si le dá dinero; si no basta todo esto, arma una farsa de suicidio; y á la sazon de estar en casa sus amigos que pasan por gentes á quienes debe, fingen el siguiente paso entre él y otro desesperado.

A la detonacion de las pistolas, corren los otros á la habitacion de la mujer á fin de consolarla, diciendo que ellos han evitado la catástrofe que de otro modo no hubiera podido menos de tener lugar, y se encuentran con que la infeliz que ya decia estar sobresaltada al ver entrar tanta gente en su casa, ha caido desmayada al suelo al oir el estruendo de los tiros.

A estas y otras escenas semejantes dan lugar las casas de juego, donde puede asegurarse que no es oro todo lo que reluce, es decir que no se talla todo el dinero que hay en banca, porque la mayor parte está de muestra, donde los banqueros son alquilones y por consiguiente mas avezados á la trampa porque tienen que ganar para sí y para el amo que sirven, y donde fuera de las horas que hay seña-

ladas para la sesion de la mañana y de la noche, suelen darse de vez en cuando *encerronas*, especie de robos en que al

prójimo que encuentran con dinero le citan á jugar y le dejan limpio de polvo y paja por medio de lo que se llama el pego. Se entiende que para esto entran en la cabala, hasta amigos suyos que reciben luego la parte que buenamente les toca del botin. La consecuencia mas inmediata y positiva que de estas *encerronas* sacan los banqueros, es la siguiente:

Buena mesa, ricos vinos, niñas hermosas, broma en grande, que el amigo paga, es lo que sacan esa media docena de personas que están comiendo y bebiendo al propio tiempo que se rien y mofan del tonto que lo costea. ¡Qué bien decia cierto amigo mio, cuando preguntándole por qué habia aborrecido el juego, me contestó «porque, rabio y me desespero al ver que he contribuido á que media docena de pícaros gasten caballo, y tengan comilonas, y obsequien á damas, porque al verlos suspender del brazo á una elegante señorita, me he preguntado: qué parte tendré yo en aquel rico manton; y finalmente porque viendo que no tienen oficio ni beneficio y no decaen de su tono, sino que por el contrario, cada vez se levantan mas, me he llegado á penetrar, no ya de la fuerza del dicho que

de enero á enero
el dinero es del banquero,

sino tambien que

de enero á enero
la moneda es del casero.»

En estas casas hay la ventaja de que se goza suma tranquilidad, sino de espíritu, porque el que juega no puede tenerla, al menos de no ser perseguido por ejercitar el vicio; esto consiste en que hay muchos modos de vivir y no falta quien viva muy santamente, no persiguiendo al prójimo siquiera tenga que hacerse el sordo y el ciego á la vez: en España andando listas las contribuciones no se veja á nadie y así como por cierta cantidad se aseguran las casas de incendios, tambien se aseguran las casas de juego.

No sucede esto ciertamente con todas, y reuniones hay donde se juega, se baila, se canta y demas,

En esa mesa de juego toma parte no muy insignificante el bello sexo, que no menos que al feo le agrada algun tanto esa inocente diversion. Si pudiera hablar el tapete ó paño con que se encubre la mesa redonda ¡cuántos misterios se descubririan! en el salon inmediato bailan alegremente, y sin embargo el tal baile no es mas que una red perfectamente preparada donde han de caer muchos pájaros: el que acude á esta clase de sociedades, que para que sean buenas es indispensable que haya juego, por hombre de bien que sea habrá necesariamente de caer en tentacion, y si no cae por sí no faltarán unos ojuelos negros que le hagan caer. Ni será suficiente á retraerle el que quiera permanecer en el salon del baile toda la noche que ya el ama de la casa que gusta que las personas que la honran se diviertan todo lo posible y cueste lo que cueste, porque estas señoras que tienen sociedades son muy desinteresadas, le empujará á la sala de descanso ó séase de juego, y si todavía se resiste, hasta le dirá al oido como si á ella le estuviese mal apuntar. — Apúnteme Vd. media onza á ese monarca que le veo venir: quien dice media onza dice medio duro ó media peseta, segun sea la categoría de la sociedad, y se le marque al prójimo el bolsillo del chaleco. De manera que el buen hombre, que sí lo será cuando á él se dirija la dueña, se expone á perder su dinero para que la otra lo gane. Claro está que semejantes escenas de *primo* solo tienen lugar con los tiernecitos *pipiolillos* aunque será bien raro el que no pueda contar un caso parecido. En esas casas el juego es objeto de lujo para las niñas, y el perder lo mismo que poner aprueba el enorme cariño de los amantes. Tambien las mamás quieren divertirse, y como lo natural es que las jóvenes no se comuniquen con ellas, se deciden hasta apuntar de memoria. Mira, lector, sino esa señora mayor, que le dice al banquero apuntándole con el dedo:—cuatro duros lleva la sota: y se hace la ciega á la significativa mirada de aquel y á la demostracion que hace con su diestra. Pues lo bueno es que sale la sota y la señora reclama sus cuatro duros y pone el grito en el cielo y esclama: ¡Yo soy sota! ¡vengan cuatro duros! y el banquero con mucha malicia la contesta:—Vd. será sota en hora buena, pero yo no doy los cuatro duros! doña Rufina, el dinero es preciso que se bese, que se bese. Cuando ya se llega á caso tan estremo andan de rumbo estas señoras y levantan muertos, y fraguan comanditas, y en una palabra, sacan carne entre las uñas. Lo mas salado, lo mas ingenioso y entretenido que tienen estas casas de juego es el sobresalto con que en algunas ocasiones tienen que estar, ó bien porque no estan aseguradas de incendios, ó porque habiéndolo estado no pagan ya la patente y carecen de la bula de difuntos. En tales casos y cuando llega de repente el alcalde, celador, ó alguacil, no bien ha entrado por la puerta, la sala de juego se trasforma en la siguiente:

Un banquero, coge el bombo, el otro toma un clarinete, y emparejándose cada cual con la persona que tiene al lado, sea hombre ó mujer, bonita ó fea, se improvisa un baile, y el alcalde y los soldados se quedan estupefactos y completamente burlados.

Hay otras casas de juegos que pueden con razon llamarse la aristocracia y donde el vicio se ejercita á las altas horas de la noche: en ellas estan expuestas al azar sinnúmero de fortunas, que tan pronto caen como se levantan: en ellas vive de continuo el gérmen de todos los vicios, y una sola carta dispone de la vida y de la honra de algunos que allí se encuentran. ¡Cuántos se elevan allí de la nada y vuelven al poco tiempo á la misma nada de que salieron! ¡cuántos han pasado durante algun tiempo una vida muelle y regalada para venir despues á terminar sus dias en un hospital!

¡En un hospital! donde acudirán muy pocos, ó ninguno de los amigos que antes los rodeaban, cuando podian sacar partido de su amistad. ¡Cuántos! por

fin, cansados ya de arrastrar una existencia tan miserable, aburridos por todas partes, acosados por sus deudas han dado á la sociedad la triste y horrible muestra de lo que puede en un hombre la desesperacion.

Sin embargo, tan funestos ejemplos, no han sido suficientes á disminuir el vicio en lo mas mínimo: los que conocian al desgraciado, correrian horrorizados al contemplar tal espectáculo; los usureros al tiempo de decir ¡lástima de jóven! esclamarian: ¡ya puedo disponer de estas alhajas por una friolera!; y la amiga, que participó un dia de los dulces frutos del juego, al recibir en una carta la desastrosa nueva, se contenta con lanzar un suspiro que la vieja confidenta procura ahogar antes de salir del pecho.

JUAN PEREZ CALVO.

CANCIONES DE BERANGER.

EL JUDIO ERRANTE.

Cristiano, al dolorido caminante
da un poco de agua en medio del camino;
soy el judío que transita errante
siempre á merced de ronco torbellino.
Agoviado de dias no envejezco,
el fin del mundo es mi única ilusion;
siempre fio en la noche, aunque padezco,
y siempre torna á renacer el sol.
Y siempre, siempre
gira la tierra do mi pié se mueve.—

—

Siglos y siglos corren, y en sus hombros
el raudo torbellino me pasea;
de Grecia y Roma he hollado los escombros
é imperios mil donde la sangre humea.
Ví germinar el bien, pero sin fruto:
fecundo el mal ante mi faz brotó;
y al viejo mundo por rendir tributo
ví de las ondas levantarse dos.
Y siempre, siempre
gira la tierra do mi pié se mueve.

—

Eterno me hizo Dios por mi castigo:
me junto á la materia que perece;
mas si un hogar de bendicion consigo,
súbito el torbellino muge y crece.
Hasta el mendigo solicita en vano
limosna, que de mí puede obtener;
tiempo le falta para asir la mano
que le tiendo al pasar delante de él.
Y siempre, siempre
gira la tierra do mi pié se mueve.

—

Al pie de los arbustos y las flores,
sobre el césped y al márgen de la fuente,
solo, demando alivio á mis dolores,
y el torbellino brama de repente.
¡Ah! ¿Qué le importa al irritado cielo
á la sombra un instante de solaz,

si apenas basta á mitigar el duelo
de viaje tan sin fin la eternidad?
Y siempre, siempre
gira la tierra do mi pié se mueve.

—

¡Cuánto niño festivo y sin enojos
la imágen de los mios ¡ay! me inspira!
Si allí pretendo recrear mis ojos,
furioso el torbellino en torno gira.
¡Débiles viejos! ¿Osareis acaso
mostrar envidia por mi largo sér?
De esos infantes, que acaricio al paso,
la ruin ceniza barrerán mis pies.
Y siempre, siempre
gira la tierra do mi pié se mueve.

—

De las paredes donde yo naciera,
algun vestigio mi memoria alcanza:
si allí busco descanso á mi carrera,
rápido el torbellino grita: ¡Avanza,
Avanza! y de contínuo ruge el eco:
aunque todo sucumba, serás tú:
tus mayores aquí no hicieron hueco
para darte cabida en su atahud.
Y siempre, siempre
gira la tierra do mi pié se mueve.

—

¡Ah! yo ultrajé con sonreir dañino
al hombre-Dios cuando naciera apenas.
¡Adios! bajo mis pies huye el camino,
me arrastra el torbellino en sus cadenas.
¡Gentes sin caridad de alma inhumana,
temblad, temblad de mi suplicio atroz!
No á la deidad, sino á la raza humana
es á quien venga justiciero Dios.
Y siempre, siempre
gira la tierra do mi pié se mueve.

RECUERDOS DEL PUEBLO.

En las chozas de su gloria
largo tiempo se hablará:
al medio siglo otra historia
su antiguo pueblo no oirá.
Allí la gente aldeana
dirá en tono de una vieja;
contad esta noche, anciana,
alguna antigua conseja.
Diz que *él* nos dañó cruel,
y aun así el pueblo le anhela,
Sí, le anhela.
Habladnos hoy de *él* abuela,
habladnos de *él*.

—

Hijos, cuando tomé estado,
hace mucho tiempo, sí,
pasó de reyes cercado
cierto dia por aquí.
A pié el ribazo trepaba,
dó llegué por verle atenta;
chico sombrero llevaba
con levita cenicienta.
Cerca de él me turbe yo,
buen dia, dijo, mozuela,
Sí, mozuela.
—*El* os saludó así, abuela!
¡*El* os saludó!

—

Yo, pobre de mi, en la córte,
transcurrido un año yá,
le veo con su cohorte
que á Nuestra Señora vá:
todos de gozo se inflaman,
su inmenso séquito admira.
¡Buen tiempo! ansiosos esclaman;
el cielo grato le mira.
Halagüeño *él* rie; Dios
con un hijo le consuela.
Sí, le consuela.
¡Dichosa de vos, abuela!
¡Dichosa de vos!

—

Mas cuando los de Champaña
presa de estraños se ven,
audaz *él* de la campaña
parece único sostén.
Una noche, como ahora,
á la puerta siento ruido:
Abro ¡ó Dios! *él* á deshora
de pobre escolta seguido.
Al sentarse dijo así:
Esta guerra nos desuela,
Sí, nos desuela.
¡Quizá *él* se sentó aquí, abuela!
¡*El* se sentó aquí.

Tengo hambre, dijo; y muy luego
sidra sirvo y negro pan
seca sus ropas, y el fuego
brinda descanso á su afan.
Despierta, y al ver mi llanto,
me dice ¡Buena esperanza!
desde mi córte el quebranto
del pais tendrá venganza.
Parte; y cual oro ¿Escuchais?
su copa ase mi cautela.
Sí, mi cautela.
¡Aun la conservais, abuela!
¡Aun la conservais!

—

Vedla aquí. Mas le arrastrára
á su ruina el hado infiel.
Pontifices coronára
y en desierto muere *él*.
Al pronto todos un sueño,
lo juzgaron, y decian,
que, vuelto por mar, su dueño
los estranjeros verian.
La realidad viene en pos;
rudo pesar me desvela.
Sí, me desvela.
—¡Bendita sereis, abuela!
¡Bendita de Dios!

MI REPÚBLICA.

Soy afecto á la república
desde que vi tantos reyes:
una formo y es mi intento
dotarla con buenas leyes.
Si allí se comercia ó juzga
por beber y en amistad,
mi mesa es su territorio,
y su divisa, la libertad,

—

Asid, amigos, las copas
hoy se junta la asamblea:
antes por severa órden
proscripto el enojo sea.
¡Proscripto! voz que ser debe
estraña á nuestra ciudad.
Enojarse aquí no es lícito
placer se sigue de libertad.

—

Del lujo que lo mancilla
se prohibe aquí el abuso:
brote sin trabas la idea.
Segun Baco lo dispuso;
cada cual rinda á su antojo
culto á su divinidad;
y hasta puédase ir á misa.
Así lo quiere la libertad.

—

La nobleza es abusiva,
de abuelos nadie haga prueba.
¡Títulos! ni al convidado,
que mas ria ó mejor beba.
Y si hay algun alevoso
que aspire á la magestad,
embriaguemos á ese César,
y salvarémos la libertad.

—

Brindad á nuestra república
y á su duracion conmigo;
mas pueblo tan sosegado
tiembla yá de un enemigo:
Liseta á la ley nos llama
de la voluptuosidad:
Quiere reinar: es hermosa;
y nos quedamos sin libertad.

A. Ferrer del Rio.

Revista de la Quincena.

Los últimos quince dias del mes de agosto, llenan de esperanza el corazon, tornan al pecho la perdida calma, templanza al cuerpo, al ánimo alegría, y en una palabra, son présago feliz de una rica cuanto deliciosa temperatura. Como la primavera mitigando la intensidad de los frios, así hace su entrada el otoño que templa los rigores del verano; en aquella todo es vida, todo animacion; donde quiera que la vista se tienda, solo hermosura se encuentra, solamente alegría se respira; en esta, no es tan lisonjera en verdad la perspectiva que presenta: árboles y plantas se miran agostados: el hermoso jardin con que un tiempo nos brindó naturaleza, es muerto á nuestros ojos; todo es melancolía sí, pero esa melancolía posee su belleza, como el sentimiento conserva su placer. En aquella buscan solícitas las gentes los atractivos del campo; en esta, nada anhelan sino las diversiones de la corte; el decaimiento de las grandes reuniones, nace con la primavera; con el otoño reviven las sociedades, se abren los espaciosos salones, los teatros se encuentran concurridos; y lo que entonces salir de la corte es empeño en nuestras bellas, ahora las punza el irresistible deseo de tornar á ella y ostentar su esbelto talle y graciosa coquetería en los centros de la elegancia y del placer. La cuestion de Marruecos vá teniendo entre tanto un desenlace triste por cierto para aquel imperio. La Francia obtiene cada dia nuevas ventajas y contínuos triunfos sobre el ejército marroquí; al bombardeo de Tánger, por el jóven príncipe Joinville, ha seguido el de Mogador, y á estos la completa victoria conseguida por el ejército francés á las órdenes del mariscal Bugeaud: por tan poderosos motivos así como por no hallarse ningun buque nuestro en las aguas de Tánger, es de inferir en sana lógica, que el emperador marroquí habrá cedido ó estará dispuesto á ceder á las justísimas exigencias de nuestro gobierno; y claro es, que no podremos menos de celebrar semejante acontecimiento, siempre que los marroquíes se tengan por condenados al pago de costas, daños y perjuicios. En otro lugar de este número, habrán visto nuestros lectores la biografía de nuestro antiguo rey, José Bonaparte; á su muerte ha dejado la friolera de quince millones de francos para su viuda é hija casada con su sobrino, el príncipe de Maurignano, quienes de este modo podrán llevar con mas paciencia semejante desastre de familia.

Tambien el viejo Mehemet-Alí en un acceso de locura queria considerarse moralmente muerto en su vireinato que abdicó en su hijo, pero esta abdicacion que tan revueltos traia los ánimos de la Europa, pues segun cuentan el tal Ibrahin-Baja, para todo es apto menos para gobernar, no ha sido sino momentánea: el buen anciano tan luego como llegó al Cairo se llamó á engaño y continuó desempeñando como antes las funciones de virey. Los últimos fusilamientos ejecutados en la Calabria han enconado mas y mas los ánimos, prueba evidente de que las revoluciones no se salvan con sangre, y aquel infortunado pais continua corriendo los riesgos consiguientes á tan desastrosos males. El rey de Prusia perdona con toda la generosidad de un monarca, la vida del que atentó contra la suya, y la corte de Londres saluda llena de júbilo al real infante que la reina de Inglaterra ha dado á luz con toda felicidad en el palacio de Windsor: ve la luz del mundo el hijo primogénito del príncipe de Joinville el mismo dia del natalicio de su padre, y cuando está consiguiendo una victoria sobre los marroquíes, y sus abuelos el rey y la reina de los franceses acompañan en calidad de padrinos al tierno infante á la pila bautismal; considérase próximo el alumbramiento de la reina de Portugal; y mientras pasan tan notables acontecimientos, se hacen los preparativos para el viaje del rey de los franceses al palacio de Windsor. Lo mas notable ocurrido en lo interior, ha sido la llegada de S. S. M. M. y A. á esta corte: á las tres y cuarto de la mañana del 21 entraron las reales personas por la puerta de Atocha: desde antes del anochecer esperaban las gentes en los paseos del Prado, ansiosas de ver y saludar á su augusta reina, completamente restablecida de su delicada salud: el ronco estruendo del cañon, los repiques de campanas, las bandas de músicas, fueron la señal que puso en movimiento alguna parte del pueblo de Madrid, y las personas reales fueron recibidas con el entusiasmo que las altas horas de la noche podian permitir; las autoridades políticas y militares salieron á recibirlas, y serian como las tres y media cuando la reina Isabel con su augusta comitiva pisaba los umbrales del alcázar régio. Tambien ha llamado la atencion del público madrileño, despues de haber recorrido las capitales de Andalucía, donde ha tenido ocasion de admirar tantos monumentos de grandeza, tantas páginas de gloria, tantos recuerdos sobre sus moradores, comparando lo que un dia fuimos y lo que somos hoy, el enviado de la Puerta Fuad-Effendi, encargado por el Gran Señor de cumplimentar á la reina de las Españas. La cordial acogida que tan notable personaje ha tenido en todos los pueblos de este país, malamente calumniado, le ha hecho conocer y confesar las buenas dotes que le distinguen, no siendo la mas pequeña el ser hospitalario. En el momento que ha llegado á esta corte, sinnúmero de personas distinguidas y primeras corporaciones han acudido á cumplimentarle al palacio de Buena-Vista, que es el destinado para su morada. En los paseos, en los teatros, en la funcion de toros á que asistió, en cuantas partes se presenta, se lleva las miradas de las gentes, deseosas de conocer á tan distinguido personaje. En los dias de la infanta doña Ma-

ría Luisa Fernanda sinnúmero de personas acudieron á las puertas del real palacio por ver al enviado de la Puerta, cómo asistia al besamanos. S. M. la reina ha mandado construir una magnífica vajilla de oro, que á la sazon se trabaja en la acreditada platería de Martinez, para dar una muestra de su aprecio y deferencia al embajador turco, que muy pronto partirá de la córte, donde ha terminado ya su comision. Despues de estos acontecimientos, que han tenido lugar durante la última quincena, ha llegado el momento de anunciar á nuestros lectores la pérdida lamentable de un ilustre personaje don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna y del Infantado, conde de Benavente ha fallecido. Colmado por la naturaleza de todos los dones y gracias que el hombre en su mísera existencia puede ambicionar, el jóven duque era querido de todos los que habian tenido ocasion solo de verle. ¡Cuántas personas quedarán sumidas en la miseria con su muerte! ¡Ningun desgraciado se acercó á sus puertas, sin que en el acto quedáran enjugadas sus lágrimas! ¡ninguna persona de mérito imploró su proteccion en balde! ¡ninguna empresa grande dejó de contarle entre sus socios! Todo se ha perdido ya; riquezas, honores, distinciones, hermosura, talento, gallardía, afabilidad, todas las grandes dotes que pueden distinguir al hombre entre sus semejantes, ha querido la muerte llevárselas consigo. La grandeza de España, sombra vana de lo que un dia fué, ha perdido la mas hermosa rama de su abatido árbol; el infortunio y la desgracia, su mejor amparo; las artes y las ciencias, el mas grande protector; la patria, uno de sus mas distinguidos hijos y esclarecidos ciudadanos. Todos juntos lloran hoy tan prematura desgracia y piden al cielo por el hombre que en la tierra dejó tantos ejemplos dignos de imitacion. Veinte dias de continuos padecimientos, causados por una fuerte insolacion, aniquilaron la hermosa flor cuya lozanía todos admiraban. ¡Plegue á Dios que en la morada de los justos, descanse el alma de tan ilustre personaje!

Próximos se hallan los teatros á salir de la situacion decadente en que se ven sumidos por los rigores del verano: todavía arrastran una existencia triste y azarosa. Ahora se reunen todos los actores de la compañía de los teatros principales: Matilde Diez regresa de la capital de Francia: Cárlos Latorre de la imperial Sevilla, cuyo inteligente público le ha colmado de merecidos obsequios: Romea mayor vuelve tambien con nuevos lauros adquiridos en diversas capitales de provincia: es probable que en la próxima temporada le aplaudamos de nuevo: el distinguido artista debe convencerse de que aun le reserva el porvenir ancha senda de triunfos, de fácil acceso á su juvenil planta. Por el contrario, la compañía de verso del teatro del Circo se dispersa. Rompe Valero su escritura y recibe proposiciones de Granada y de Barcelona: elige las de esta última, y á la sazon le aplaude con entusiasmo el público del teatro nuevo. Imita su ejemplo su hermana, y la compañía, que nunca ha pasado de mediana, ya se resiente de floja y hasta se encuentra en esqueleto. Bien lo ha demostrado la representacion de *Teresa*, excelente drama de Alejandro Dumas, ejecutado pocos dias hace en presencia de unos veinte espectadores. Tamayo por mas que se endose la peluca y por grandes esperanzas que le animen de salir airoso si hace el papel de *Marino Faliero*, nunca pasa de lo que siempre ha sido: Arjona aspira sin duda á la corona de actor universal, y si da en aficionarse á papeles como el de Arturo, pronto ha de ver desvanecida como el humo su naciente fama: la Joaquina Baus alternaria con mas ventaja entre otra clase de actores. Júzguese por lo indicado de la representacion de Teresa. Ni la compañía lírica del Circo logra mas ventura que la de verso. De ella se emancipan Salvatori y la Basso Borio y ha estado en vísperas de seguirles la Gariboli: Unanue ha salido ya para Rusia. ¿Con quién cuenta la empresa para su remplazo? Decia que con Ferreti; mas Ferreti tiene su escritura para el teatro de Liorna: añadia que con Salvi; mas Salvi recorre la Inglaterra con la Persiani y Fornasari desde el 21 de agosto al 21 de setiembre, y á Paris le llaman sus compromisos en los primeros dias de octubre. Ya el Circo no posee mas elementos de fortuna que la compañía de baile, ni mas repertorio por ahora que la *Linda Beatriz ó el sueño*, pues *Gisela*, *el Lago de las Hadas y la Aurora*, con dificultad pueden dar mas jugo.

Con mas ó menos tino la empresa de los teatros principales nos proporciona una novedad cada quincena, anunciándose en la última con *Los cobradores del Banco* traduccion de los señores Doncel y Valladares. Todo el argumento se reduce á presentar dos caractéres: el uno es el de *Marignon*, hombre íntegro, puro y sin tacha en el manejo de fondos; se nota un desfalco, caen sobre su persona las sospechas, gime inocente en un presidio, y por último logra el consuelo de acreditar su inocencia ante los cobradores del Banco, sus antiguos camaradas: el otro es el de Duval, sugeto que sin instintos de perverso se lanza por la senda del mal para remediar las desgracias de la familia de su futura: logra enriquecerse, y al fin termina por el suicidio. Parece pues que el autor se ha propuesto demostrar que el hombre virtuoso logra el triunfo á través de difíciles pruebas y de penosos contratiempos, mientras el culpable acaba mal por laudable que aparezca el fin que se propuso al arrojarse al delito: que alivia los males de aquel la tranquilidad de la inocencia, mientras turba los placeres de éste la voz del remordimiento. Tendencia es esta moral sin duda, aunque poco original en el teatro: pensamiento, que bien desarrollado, puede dar vida á una produccion de mérito. Escaso nos parece el de *los cobradores del Banco*: adviértese en sus cinco actos tenaz empeño de aglomerar incidentes, entretejiéndolos de inverosimilitudes para producir efectos de bulto; esos incidentes forman de los *cobradores del Banco* un melodrama con algunas escenas entretenidas. Asi nos lo parecen todas las que pasan en el presidio, en que representa el señor Monreal con suma exactitud el verdadero tipo del presidiario. El final del melodrama es de lo mas súpito que conocemos, y nos hace creer que fastidiado el autor de su misma obra, llegó á un punto en que dijo: «disparémos un pistoletazo, y Cristo con todos, y aunque se queden los espectadores mas frios que el cadáver de mi héroe.» Si tal fue la idea que se propuso puede lisonjearse de haberlo conseguido.

Ya que no podamos hablar de novedades pasadas, hablemos de novedades futuras. Muchas son las que se preparan en los teatros pricipales. El señor Zorrilla leerá dentro de breves dias un drama en que figura como protagonista el *Alcalde Ronquillo*. Su complicado argumento, el interés y misterio que ha sabido sembrar en la exposicion y distribuir en todos los actos hasta su desenlace; lo bien dispuesto del lugar de la escena, lo selecto de la versificacion y el tino con que estan imaginadas las situaciones, todo eso nos hace creer que el éxito del *Alcalde Ronquillo* será en extremo satisfactorio para el distinguido autor de *Sancho Garcia*. Ya el señor Breton ha presentado otro engendro de su fecunda pluma, una linda comedia titulada *El Enemigo oculto*, notable por la ligereza del diálogo y la amenidad de los chistes: al fin es probable que haya de traspasar á los teatros principales la comedia que escribió para el Circo con el título de *Cuidado con las amigas*, si quiere verla representada. Eso han hecho el jóven don Luis Olona con la *Tienda del Rey don Sancho*, y el señor Rubí con la *Infanta Galiana*, drama oriental que habia escrito para el beneficio de la distinguida actriz doña Gerónima Llorente. De otra produccion no menos recomendable será digno intérprete el señor Latorre: don José María Diaz está terminando una tragedia, titulada *Catilina*, en que se propone desarrollar el carácter de este gran revolucionario. Harto espinoso es el asunto: solo acometerlo indica gran fuerza de talento: esperamos que el poeta salga airoso de su empeño, por lo que conocemos de su obra. Por ahora nos cabe la satisfaccion de insertar algunos trozos de la escena de los dos cónsules en el primer acto. Catilina pasa las horas en los voluptuosos jardines de Aspasia: Ciceron le mira como sospechoso; su compañero procura disuadirle de este modo:

Pudo atrevido y bullicioso Graco
encender las pasiones populares,
leyes decir que al pueblo le trazaban
la senda del poder, y del Senado
la augusta y santa diguidad menguaban:
pudo Mario tambien con sus legiones
dictar su voluntad; y Sila pudo
desde los ricos pórticos de Atenas
volver triunfante, y al Senado y Roma
echar de su dominio las cadenas
y su absoluta autoridad. La gloria
al menos Ciceron les abonaba.
Mas Catilina... ¿Acaso en los desiertos
de Africa se le vió? ¿Su espada brilla
en la region asiática? ¿Su nombre
ilustre acaso en la ciudad resuena
de Dracon y Demóstenes, y el mundo
la nombradía de su ciencia llena?
No, Ciceron: en goces vergonzosos
la vida arrastra el noble Catilina,
y al juego y al placer, no á los manejos
de la ambicion, su voluntad inclina.

Ciceron. Conoces mal la condicion astuta
del noble Catilina: es reservado,
frio como un sepúlcro; de su pecho
es tanta la ambicion, que del estado
el gran recinto le parece estrecho:
diestro calculador, sin duda espera
el momento oportuno de la lucha.
De ánimo fuerte y singular audacia
le veremos tambien, si le aprovecha,
ser el primero en el sangriento choque,
morir al pie de la difícil brecha.

Bosquejado con tan buenas pinceladas el carácter de Catilina, lo desarrolla el poeta con singular maestría en el curso de la tragedia, y nosotros le anunciamos un galardon cumplido.

En lo que va de siglo, se han hecho muchos ensayos en diversos países por aplicar la tipografía á la música. Habíase ya inventado el modo de trasladar al papel por medio de signos taquigráficos toda pieza musical mientras se canta ó ejecuta: muy poco se habia adelantado en punto á componerla con caractéres de imprenta. De este invento somos deudores al Sr. Lopez, quien acaba de obtener privilegio de invencion por diez años en España y Francia. Habiéndose asociado con el editor don Ignacio Boix, en breve disfrutarán los filarmónicos de las maravillosas ventajas de ese invento, pues adquirirán una coleccion de óperas de los mejores maestros por la misma cantidad que invierten ahora en la adquisicion de una sola. El establecimiento tipográfico musical, quedará abierto en todo el mes de setiembre.

Dos ediciones van á publicarse del Timon ó libro de los Oradores, obra del célebre Cormenin, carácter muy semejante al de nuestro don Vicente Sancho, cuya pluma es lástima que no corra para gloria de la literatura y de la política. Una de las ediciones la hace el Sr. Jordan: debia traducirla el Sr. Leon y Serrano, y asi se anuncia en el prospecto; mas por enfermedad de su padre, se encarga de ella nuestro colaborador el Sr. don Pedro Madrazo. Saldrá ilustrada con 27 retratos grabados en acero: tardará en salir cerca de un año, y costará poco menos de seis duros. Imprime la otra el Sr. Boix: no será de lujo, pero sí en estremo elegante: los retratos serán primorosamente litografiados: quedará terminada en pocos meses, y su precio será 44 reales: la traduccion es del jóven Navarro y Zamorano. Dentro de breves dias saldrá á la luz pública la *Vida de Rancé*, última obra del célebre Chateaubriand, traducida por el Sr. Ochoa.

Escrito ya el artículo de la quincena, nos han sorprendido con dos novedades los teatros de la Cruz y del Circo, y debemos hacer de ellas una breve reseña. Se titulan: *Santiago el Corsario* y *Dos amos para un criado*.

Tambien *Santiago el Corsario* pertenece á ese género de dramas en que el autor prescinde de todo por ir en busca de efectos. Ni están desarrollados los caractéres, ni se cuida el autor de justificar las idas y venidas de sus personajes. De acto á acto trascurre tiempo, y sin saber cómo siempre se encuentran todos reunidos en un punto: no parece sino que se citan en cierto dia y hora para continuar el drama. Figuran allí Santiago el Corsario y su esposa: un hijo de los dos, y otro de la segunda, y de un amante que tambien sale á la escena: una jóven que sacrifica hasta su reputacion por salvar la de la esposa del Corsario, y dos marinos que amenizan con sus ocurrencias el diálogo. Celoso el Corsario sorprende tras larga ausencia al amante proporcionando escondite á la dama con quien conversa: sospecha aquel que sea su esposa y lo es en efecto; mas el amante se mete entre bastidores y opera una metamórfosis colocando en el escondite á la jóven que debe casarse con el hijo del Corsario y proporcionando salida á la esposa culpable.

Tranquilízase el Corsario, mas arranca al hijo sus ilusiones participándole lo que ha presenciado. Enfurecido el jóven insulta al que cree su rival que figura tambien como su jefe, y cuando éste va á aplicarle el merecido castigo, intercede la esposa del Corsario y amansa su justa cólera. Vuelven á nacer en su corazon los recelos y ya medita venganzas. Hacen prisionero á Cristian, quien se halla al servicio de los ingleses; y un consejo de guerra le condena á muerte. En el último acto se aglomeran los sucesos; despechado el hijo del Corsario anhela la muerte y piensa buscarla con una especie de suicidio glorioso: á la vista del puerto se halla una embarcacion enemiga, y su intento es abordarla metido en un bote y prenderla fuego. Apártale su padre de aquel propósito revelándole la inocencia de su amada: esta proporciona la libertad á Cristian; mas le prenden de nuevo, se humilla y se postra de hinojos demandando gracia: entonces se descubre que es hijo de la esposa del Corsario y del amante que fué insultado por uno de sus subordinados. Por último, padre é hijo se aventuran en el bote dispuesto por el novio de la que hizo la víctima por salvar la honra de una mujer casada, y da fin al drama la espantosa esplosion producida por la embarcacion inglesa al volar en incendiadas astillas, dando sepultura á los que ocasionan aquella catástrofe.

Sin disputa hay en esta produccion situaciones de efecto, y es entretenida aun cuando carece absolutamente de mérito literario. La ejecucion puede calificarse de mediana: estuvieron bastante bien la señora Lamadrid; los señores Lombía, Lumbreras y Azcona: hizo su papel Sobrado con mucho desaliento: el de Monreal era ingrato en demasía: Caltañazor no parecia

bien con las piernas dobladas y caminando á saltitos representando á un jóven, y por añadidura marino, que debe á sus proezas la calificacion de *tremendo*, y eso que antes de entrar en el servicio tenia reputacion de cobarde. Numerosa fue la concurrencia á pesar de lo caluroso de la noche y de representarse tambien en el Circo funcion nueva. *Santiago el Corsario* tuvo buena acogida: al final sonaron algunos aplausos no de entusiasmo, sino, por decirlo asi, de complacencia.

Dos amos para un criado es una piececita sumamente graciosa y cuyo mérito sube de punto al considerar que su libre traduccion es debida á una jóven que apenas cuenta diez y siete años, á la señorita de Vera: nuestros lectores pueden considerar las graciosas situaciones que pueden desprenderse del título de la comedia, pues el tal criado, que para servir á dos amos tiene que hacerlo todo de prisa, verificar, sin querer tales cambios, que la autora ha sabido colocar oportunamente, llevando su plan á un desenlace sencillo y natural. La ejecucion fue muy mala, y solo el señor Fabiani estuvo en el desempeño de su parte.

Se está pasando por papeles una tragedia de la señorita Avellaneda, se titula: *El príncipe de Viana*. Otro asunto trágico ha sacado esta distinguida escritora no de nuestra historia, sino de la Biblia, de ese inagotable manantial de poesía, cuyas inspiraciones se acomodan á todos los tonos: *Saúl* se pondrá en escena luego que se represente *el Príncipe de Viana*: ambas producciones están ya concluidas: dos triunfos aguardan á la pluma que dió vida á *Alfonso Munio* y á *Espatolino*.

A rey muerto rey puesto, dice el refran: y lo citamos á propósito de la muerte del gigante Elizegui, natural de Guipúzcoa, ocurrida en Jerez de la Frontera hace poco, y la aparicion en la corte de Francisco Piqueres natural de Turis en el reino de Valencia: tiene dos pulgadas mas de estatura que el otro: cuenta solo veinte años de edad: á los catorce era tan raquítico que le conocian en su pueblo con el apodo de *el enano*. Francisco Piqueres debe ser presentado á S. M. la reina doña Isabel II.

Juan Perez Calvo.

Director, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE **D. Ignacio Boix.** EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.

ANUNCIOS.

EL JUDIO ERRANTE,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

EUGENIO SUE,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR MARIANO URRABIETA.

Edicion ilustrada con un considerable número de viñetas y el retrato del autor grabado en acero.

Se suscribe en Madrid en las librerías de Miyar, Monier, viuda de Cruz, Sanz, Castillo Brun, García, Villa, Lalama, y en la direccion, imprenta de Gaspar, calle de Cedaceros.

En las provincias en las principales librerias. El precio es á real entrega en Madrid y uno y medio en las provincias, franca de porte.

Esta traduccion, que hemos tenido el gusto de ver, es

una de las mejores que se hacen indudablemente de tan famosa novela, y la parte tipográfica no se puede mejorar: es cuanto en su elogio se puede decir. Creemos que merecerá la aprobacion del público.

HISTORIA
DE
LA GUERRA DE ESPAÑA
CONTRA NAPOLEON,

POR EL PRESBITERO

DON JUAN DIAZ BAEZA.

ILUSTRADA CON GRABADOS EN MADERA INTERCALADOS EN EL TESTO.

Un tomo en cuarto de cerca de 500 páginas, á 50 reales en rústica.

DESCRIPCION
GEOGRÁFICA, HISTÓRICA, POLÍTICA Y PINTORESCA
DE ESPAÑA
Y SUS ESTABLECIMIENTOS DE ULTRAMAR,
POR DON TOMAS BERTRAN SOLER.

Miembro de varias sociedades científicas y literarias, ilustrada con 200 grabados en madera y con el grande y único *Atlas de España y Portugal*, por provincias, repartido en 107 pliegos de marca mayor, que juntos forman 12 mapas, único que tenemos hasta el dia, debido al celo y laboriosidad de nuestro célebre geógrafo, que lo fué de S. M.

DON TOMAS LOPEZ.

CORREGIDO Y AUMENTADO POR SUS SUCESORES.

Se ha repartido á los señores suscritores la entrega CATORCE de esta interesante publicacion, la cual contiene dos hermosos mapas tirados á parte y grabados; con ella continúa la segunda de las nueve secciones en que está dividida la obra. Los que no la hayan recibido acudirán á la librería de su editor propietario, don Ignacio Boix, calle de Carretas, número 8, donde continúa abierta la suscricion al precio de 10 reales vellon entrega.